

MORUENA ESTRÍNGANA

Serendipity

Encontré
lo que me faltaba



Click
EDICIONES

OLIMPIA Y LEVI

2

Índice

Portadilla
Dedicatoria

SERENDIPITY (OLIMPIA Y LEVI)
ENCONTRÉ LO QUE ME FALTABA
PARTE II

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21

Epílogo

[Biografía](#)

[Bibliografía](#)

[Créditos](#)

[Click](#)

[¡Encuentra aquí tu próxima lectura!](#)

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos
exclusivos!**

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro

y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Moruená Estríngana
Encontré
lo que me faltaba

Click
EDICIONES

A mi marido, porque estaba destinada a conocerte.

SERENDIPITY (OLIMPIA Y LEVI)

**ENCONTRÉ
LO QUE ME FALTABA**

PARTE II

CAPÍTULO 1



OLIMPIA

Hasta ahora pensaba que las vacaciones de Navidad eran tiempo para estar en familia, hincharse a comer y descansar...; ahora solo las vivo de pasada mientras me estreso estudiando en mi cuarto sin parar.

Ya sabía que la vida en la universidad era así, pero una cosa es saberlo y otra vivirlo. Estoy muy agobiada y no sé si podré sacar todos los exámenes que tengo por delante con buenas notas.

Era consciente de que esta carrera era dura, aunque no podía imaginar cuánto.

Ahora me estoy arreglando porque Trini ha insistido en que tengamos por lo menos una noche de descanso. Le dije que sí porque, si no, creo que me volveré loca con todo lo que tengo que estudiar.

Termino de arreglarme justo cuando tocan al timbre. Mi madre Rosi dice que va ella a abrir y al poco me llama para decirme que Trini me espera.

Doy una última ojeada a mi vestido de color negro. Es de tirantes y, aunque es todo de una pieza, de la cintura le sale un volante muy gracioso del mismo color que hace que parezca de dos piezas. Para que no quedara tan fúnebre le he dado un toque de color con unos zapatos rojos y un collar a juego.

Cojo mi chaqueta y salgo a buscar a mi amiga y a su prima Kelly, que no está pasando por un buen momento.

Es muy bonita, con ese pelo cobrizo tan largo. Sus ojos son azul verdoso y seguro que en un tiempo pasado su sonrisa la hacía parecer preciosa. Ahora usa una gran dosis de maquillaje para tapar el rastro que sus lágrimas dejan en su cara. Nadie puede ignorar el dolor que se esconde en sus iris. Algo que ni el mejor corrector puede ocultar.

En parte esta salida es por ella, porque Trini no quiere verla triste. Aunque yo mejor que nadie sé que una fiesta no sacará de adentro el dolor de

una ruptura.

Les doy dos besos a modo de saludo antes de salir a buscar el coche de mi madre Rosi. Nos lleva ella; Trini no tiene coche, su prima no se lo ha traído y yo, por desgracia, tampoco puedo pagarme uno y mis madres solo me dejan usarlo si es mío.

Mi madre nos deja cerca del *pub* de moda que está a una media hora de mi casa y nos dice que, si no encontramos taxi a la vuelta, la llamemos. Asiento antes de salir del coche.

—Vamos a quemar la noche —me dice Trini antes de pasar su mano por mi brazo y luego por el de su prima.

—Yo me conformo con olvidar por unos momentos todo lo que tengo que estudiar —le digo.

—Ojalá mi preocupación fueran los estudios —murmura Kelly—. Creo que voy a suspender todas las asignaturas.

—Entonces será mejor que te apliques o el capullo de tu ex te hará perder más cosas —le dice su prima.

Kelly asiente, pero de forma distraída.

La entiendo; si cuando rompí con mi ex me hubiera tenido que examinar, seguro que no habría aprobado ni una.

Entramos al *pub* tras pagar una burrada por la entrada más una consumición, teniendo en cuenta que ninguna de las tres bebe alcohol, pero es lo que hay. Nos tomaremos los refrescos más caros de la historia.

Buscamos una mesa donde dejar las cosas. Vemos una cerca de la pista de baile. Trini corre hacia ella; le encanta bailar.

Nos sentamos y Kelly va a por nuestros refrescos tras decirle lo que queremos.

—¿Cómo va? —le pregunto a Trini.

—Hecha una mierda. No sé si el ir a por ella y haberla traído a mi casa ha servido de algo.

—No podías dejarla allí sola estando su padre de viaje...

—No, pero no sé qué hacer para ayudarla. Para hacerle ver que ha salido ganando. Como te pasó a ti.

—Dale tiempo. El tiempo lo cura todo.

—¿De verdad? —Me mira escéptica.

—Bueno, yo ya no pienso en mi ex.

—No, pero diste de lado a Levi porque te atraía. Eres una cobarde.

—No quiero hablar de Levi...

—No, es más fácil decirme que el tiempo lo cura todo, cuando ambas sabemos que una herida no se cierra hasta que uno decide ponerle remedio y sanarla.

Por suerte Kelly regresa y no seguimos hablando de esto.

Trini tira de mí hacia la pista de baile casi sin dejar que me acabe el refresco. La sigo y bailamos como locas en la pista. Sé que no bailo bien, que para esto tengo dos pies izquierdos, pero me da igual. Yo me lo paso bien, y a quien no le guste, que no me mire.

—Voy a por algo de beber —le digo a Trini antes de irme.

Trini se queda bailando sola, ya que su prima no quiere ni moverse de la mesa.

La barra es redonda y está situada en el centro del *pub*. El local tiene varias plantas y pistas y todas se comunican. Me cuesta mucho llegar a la barra y todavía más que el camarero me haga caso. Por eso aprovecho y pido para las tres otra ronda de lo que hemos tomado antes, o con el calor que hace nos deshidrataremos.

Ojeo el ambiente mientras me sirven y es entonces cuando lo veo frente a mí en la otra punta de la barra. Levi.

Me está mirando fijamente, con esos ojos verdes que tanto me han atormentado en sueños; en ellos no me negaba a sus abrazos ni a sus dulces besos de cariño.

Me debato entre saludarlo o pasar de él.

Lo observo y noto como una parte de mí, la que lo ha extrañado, se muere de ganas de acercarse y de que todo sea como antes de cometer el error de acostarnos.

Otra piensa que estoy mejor sin complicaciones, sin alguien que me hace replantearme si lo mejor es estar sola. Yo no quiero estar con nadie ahora, no quiero perder más años de mi vida con una persona que no me quiere, ni me desea tanto como yo a él, no estoy preparada para arriesgarme.

Soy una cobarde...

Sí, pero no puedo negar que lo he echado de menos. Que lo extraño y que no ha habido día en el que no deseara que ese destino que me hizo tropezarme con él tantas veces me lo pusiera de nuevo delante. Y aunque ni él ha hablado de amor ni yo tampoco, solo huyo ante la posibilidad de que esto pudiera surgir entre los dos.

Y ahora está aquí.

Alzo la mano y lo saludo, y por la sonrisa de Levi veo que era lo que esperaba.

¿Y ahora qué debo hacer?

CAPÍTULO 2



LEVI

Olimpia se decide y tras coger sus bebidas viene hacia donde estoy. Camino también hacia ella. Estaba deseando volver a encontrarme con Oli. La echaba terriblemente de menos. No ir a buscarla me ha costado. En el fondo esperaba que ella se diera cuenta de que no se puede vivir con miedo.

De que la vida está llena de riesgos y que solo se consigue evitarlos del todo si no vives.

No la quiero, no estoy enamorado de ella, pero la deseo como nunca he deseado nada ni a nadie. Y no me da miedo seguir a su lado y descubrir un día que esta intensidad con la que ansío su contacto es porque ella es única para mí.

Sé que corro el riesgo de conocerla más y poder llegar a enamorarme de esta mujer que me vuelve loco. Lo sé, pero, aun así, acorto la distancia que nos separa y nos quedamos una vez más frente a frente.

Cómo he añorado su cercanía.

Hoy está preciosa con este vestido negro. Aunque, si llevara otra cosa puesta, sé que la vería igual de bonita.

—Hola —me dice con timidez, algo que ella no tiene.

—Trae que te ayude. No eres muy buena camarera —le digo cogiendo sus vasos.

No la he saludado, porque hacerlo dotaba a todo de un formalismo que ahora no quiero con ella.

—Lo estaba haciendo genial.

—Dime dónde tengo que llevarlos y si quieres después me iré.

Asiente y no dice nada de si quiere o no que sigamos distanciados.

Llegamos a la mesa, donde hay una chica pelirroja con un gesto muy triste. Coge la bebida que Olimpia le tiende y le da las gracias; al verme me

saluda tratando de parecer simpática, pero la felicidad no llega a sus ojos claros.

—Joder, tú sí que sabes buscar tíos buenos en este lugar —dice una chica detrás de mí.

Me vuelvo curioso y, por la cara que pone, siento que me conoce, y no sé de qué..., pues yo no recuerdo a esta morena.

—En serio, vosotros dos dais mucho trabajo al señor destino. Mira que encontraros aquí...

—Levi, esta es Trini, una amiga, y ella, Kelly. Y, por si te lo preguntas, sí, les he hablado de ti y les enseñé tu foto... No por nada...

—Claro —le respondo.

—¿Has venido solo?

—Con Oziel...

—Si quieres ve a buscarlo, a menos que tengáis un plan mejor. Me apuesto lo que quieras a que Oziel ya tiene a alguien en mente a quien acosar hasta que caiga rendida a sus pies.

—Seguro, pero si le digo que estás aquí, vendrá solo por ver la cara de idiota que pongo ante ti esperando a saber si volvemos a ser amigos o no.

Olimpia sonrío por mi sinceridad y me marcho a por mi amigo.

Oziel, como yo intuía, aunque estaba tonteando con una chica, se viene corriendo en cuanto le digo con quién me he encontrado.

Al llegar, Oziel abraza a Olimpia como si la hubiera echado tremendamente de menos, cosa que ignoro si es cierta, pero nunca lo he visto así de efusivo con una chica que no fuera Debbie, la verdad. Y tal vez sea porque Debbie es la novia de uno de sus mejores amigos.

Olimpia le presenta a Trini y Oziel despliega todo su encanto. Se está pavoneando hasta que Olimpia le presenta a Kelly y, en vez de ponerse zalamero o decir alguna de sus burradas, solo la saluda, y juro que hasta parece tímido. Si no lo estuviera viendo, no me lo creería.

Dejamos nuestras cosas en la mesa y, tras dejar a Oziel hablando de fútbol con Trini, cojo a Olimpia para llevarla hasta la pista de baile.

—Tenemos que hablar —le digo al oído.

—No he salido corriendo y he venido contigo. Eso es algo... —dice antes de pasar sus manos por mi cuello.

Su contacto me quema y me hace recordar lo que sentí cuando estaba dentro de ella.

—Hoy no has salido corriendo, pero la última vez te faltó tiempo para huir de mí. Estaba claro que solo me querías para el sexo y una vez caí en tus redes, me alejaste —bromeo, pero lo hago también para ver la verdad en sus ojos y confirmar mis sospechas, y lo que veo que está pensando me da rabia—. Sé por qué huiste, Oli.

Se tensa, pero no se aleja.

—Porque no quieres enamorarte de mí.

—¿Vas un poco de sobradito hoy? —Me río.

—No, pero sé que es eso, y antes de huir deberías haberme preguntado qué significó para mí... o decirme qué hice para que te fueras de esa forma.

—Me diste un beso de amor en la frente y un abrazo. —La miro incrédulo y no puedo evitarlo, me entra la risa—. No te rías, no tiene gracia.

—Soy cariñoso cuando tengo sexo con una mujer. Lo siento si te hizo pensar cosas que no son —le digo entre risas—. O sea, que acostarse conmigo, sí, pero un besito de cariño, no... Eres muy rara.

Me saca la lengua y la beso en la frente como aquella vez.

—¿Se puede saber qué haces?

—Darte un besito a ver si huyes.

—Me estás poniendo muy difícil el no hacerlo —me dice, tratando de parecer enfadada.

—Que te desee no es porque esté enamorado de ti. Me atraes, sí, pero no te di ese beso pensando en nada romántico —le digo, y noto alivio en su mirada.

—Pero tal vez un día...

—Ninguno de los dos puede saber si se va a enamorar del otro. Tal vez nos conozcamos más y todo este fuego que hay entre los dos se apague al conocer todos y cada uno de nuestros defectos.

—No quiero estar ahora con nadie. No estoy preparada para una relación. Para perder más años de mi vida por nada —me dice sincera.

—Solo somos amigos, Oli, y sí, tal vez te meta mano y eso, pero como amigos. —Sonríe por mi comentario y esto alivia la tensión en su mirada—. Si es que quieres seguir sabiendo algo de mí...

—Te he saludado, y una parte de mí quería irse sin mirar atrás —admite—. Te he echado un poco de menos.

—Es que soy irresistible. —Se ríe—. Y, por cierto, te voy a abrazar, y no porque me muera por ti, es tal vez por celos de que Oziel te haya dado ese achuchón. —Se ríe de nuevo y, antes de que yo lo haga, me abraza con fuerza.

Cuánto la he extrañado. Parece mentira que solo haga unos pocos meses que sé de ella.

Se separa y mira hacia donde están nuestros amigos. Solo están en la mesa Oziel y Kelly, y no hablan. Nos acercamos a ellos y Oziel sonrío al vernos.

—¿Ya le has perdonado que sea malo en la cama? —bromea Oziel, y Oli se ríe asintiendo—. Mira que le dije que yo le enseñaba unos trucos para no espantar así a las tías...

—No es tan malo. Pero sí muy besucón.

—No es tan bueno como yo.

—Tú no tienes abuela, ¿no? —le dice Trini regresando con una bandeja llena de refrescos para todos.

—Tengo dos, y soy su nieto favorito —le responde Oziel, haciendo que sus ojos azules sonrían pícaros.

—¿Y estás seguro de que eres su favorito? Mira que lo dudo —le pica Trini.

—Teniendo en cuenta que, de ocho nietos que tienen cada una, soy el único que les hace caso y va a verlas..., sí, te aseguro que, a falta de más candidatos, soy el favorito.

Aunque Oziel lo dice de forma animada, en el fondo sé que este tema le duele mucho. Su familia no está tan unida como la mía, por eso ha acabado pasando las Navidades en mi casa, durmiendo en el sofá. Porque era eso o dejarlo solo en nuestro piso. No quería que eso sucediera en estas fiestas.

—Nos deberíamos ir —dice Kelly hablando por primera vez en toda la noche.

—Claro, ya es tarde —le responde su prima—. ¿Buscamos un taxi? —le dice a Olimpia.

—O mejor os dejamos en casa de camino a la nuestra —respondo—. Nosotros también nos vamos ya.

—Genial —dice Trini—, odio los taxis.

Nos vamos hacia mi coche. Oziel le ofrece su sitio a Oli, pero esta declina la oferta y se sienta detrás con sus amigas. Llegamos a su pueblo y dejamos a Trini y a Kelly en su casa. Oziel se queda mirándolas hasta que las pierde de vista.

—¿Qué le ha pasado a Kelly? Se la ve muy triste —se interesa, preguntándole a Olimpia cuando nos quedamos solos.

—Pilló a su ex con otra en la cama cuando fue a darle una sorpresa a su fraternidad.

—Vaya, como te pasó a ti —le dice Oziel a Olimpia.

—Sí, salvo que con la que lo pilló era su madre, a la que no veía desde que los abandonó a ella y a su padre, y ni siquiera reconoció a su propia hija.

—Joder, eso sí que es una putada, y de las grandes —dice Oziel—. Pobre. Pero no debe dejar que nada oculte su sonrisa. Seguro que cuando sonrío es preciosa —dice más para sí.

—Sí, es muy guapa. —Me detengo en la casa de Olimpia—. Nos vemos.

—¿De verdad?, ¿o vas a volver a huir de nosotros? —Oziel habla por los dos, y ahora mismo lo agradezco.

—No voy a huir más. Si paso de vosotros es por los exámenes, no por otra cosa. —Me mira antes de bajar del coche—. Nos vemos pronto.

Se va y me quedo mirando como entra en su casa.

—Te pone tontito.

—No me pone tontito.

—Eso lo dices porque no te estás viendo la cara de alelado.

—Solo me atrae...

—Ya..., así empezó Neill y ahora está coladito por su novia.

—No es lo mismo.

—No, claro..., lo que tú digas —dice él, sabiendo cómo tocarme las narices.

CAPÍTULO 3



OLIMPIA

Me levanto tarde y me siento fatal, porque casi he perdido el día y no he estudiado nada. Estoy agobiada. Me preparo algo de comer y mi intención es irme de vuelta a mi cuarto cuando mi madre Rosi me asalta.

—¿Huyendo?

—No, solo quiero estudiar y recuperar el tiempo perdido.

—No es tiempo perdido, Olimpia, si te estresas es peor. Respira y poco a poco llegarás a todo.

—Ya, bueno..., no lo sé.

—Lo que yo sé es que me alegro de que hayas hecho las paces con Levi.

—Solo somos amigos...

—Déjate llevar, vive y sé feliz. La vida es para los valientes y tú estabas siendo una cobarde al huir de ese chico. Lo que tenga que ser será. Y no puedes echar de tu vida a alguien solo porque temes enamorarte de él. Es una chorrada, hija, puede que lo conozcas más y esa atracción que sentís se quede solo en eso.

—Claro. Es una tontería alejarme de él por hipótesis. No va a pasar nada entre los dos —repito con un poco de ironía—. Yo ahora solo quiero sacarme la carrera con una buena nota...

—No te obsesiones, hija —me dice seria, y aparto la mirada.

—No lo hago, pero no me estoy matando a estudiar para conformarme con sacar un cinco. Si quiero llegar a algo en esta profesión, tengo que despuntar sobre el resto. Es lo que hay.

Asiente pensativa. Me despido de ella y regreso a mi cuarto.

No sé si he hecho bien al hablar con Levi, solo sé que anoche lo pasé muy bien a su lado. Y que extrañaba ese juego que hay entre los dos. No puedo preocuparme por algo que no ha sucedido. A mí Levi no me gusta, y yo a él, menos.

Y ahora a estudiar, para sacar un diez; solo si soy la mejor podré llegar tan lejos como sueño en un mundo al que cada año salen cientos de personas con la misma carrera e igual de bien preparados. O despuntas o acabas en la cola del paro con un currículum abultado que de nada te sirve cuando hay muchos como tú. Y que a veces hasta te perjudica, porque la gente, para según qué trabajos, no quiere que tengas tantos estudios.

* * *

Salgo de mi segundo examen superdecaída. Por eso, cuando me llama Levi, le respondo con evasivas y le cuelgo pronto.

Me ha salido fatal. No me puedo creer cómo me he bloqueado tanto. Así no llegaré a nada.

Ando hacia mi casa y de camino me detengo en el lago de los patos. Me siento en un banco y me quedo mirando a la nada, repitiendo el examen una y otra vez en mi mente.

—Por fin te encuentro. —Me vuelvo y veo a Levi antes de que se siente a mi lado.

Va con unos vaqueros y un jersey de pico. La chaqueta la lleva en la mano y no le veo los ojos verdes porque usa gafas de sol.

—¿De verdad te ha salido tan mal? —Es lo único que le dije antes al teléfono. Que me haya buscado me gusta.

—Hay gente que dice que le ha salido mal y luego sacan un diez, pero yo no soy así; si digo que me ha salido mal, es porque me ha salido fatal.

—Vaya, lo siento, pero no te agobies, tienes más exámenes por delante. Deja este a un lado, aunque te joda, y céntrate en el resto. Y cuando sepas las notas, busca soluciones. No antes.

—Vale, pero déjame un rato más de autocompasión.

—Todo el tiempo que quieras, pero me quedo a tu lado.

—Estamos en un lugar público, no puedo prohibirte estar aquí.

—Me vale con que no te vayas.

Lo miro de reajo. Sonríe, y eso hace que me fije en sus deseables labios. Me muero por besarlos. Pero hoy me voy a quedar con las ganas. Solo quiero estar así, a su lado, en silencio, pero sin sentirme sola con mi dolor por no haber estudiado tanto como debería.

CAPÍTULO 4



LEVI

Solo me quedan dos exámenes; a Olimpia, tres. Y, pese a eso, ha aceptado venir a estudiar conmigo a la biblioteca del campus.

La veo venir con su mochila al hombro y al verme me saluda.

—No debería haber aceptado, seguro que me acabas distrayendo.

—Yo también tengo interés en aprobar; si no apruebo un mínimo de exámenes, pierdo mi beca.

—Pues a estudiar, y solo eso.

—Sé que soy irresistible, pero hasta ahora me has evitado muy bien. —
Me saca la lengua antes de entrar.

Buscamos un sitio apartado, pues mucha de la gente que hay aquí me conoce y no paran de preguntarme por los partidos que vendrán tras el parón que se ha hecho por los exámenes.

Empezamos a estudiar en silencio y juro que esa es mi intención..., pero cada vez que respiro su perfume a flores me llega con nitidez y me hace recordarla desnuda entre mis brazos.

No debería seguir por ahí...

La miro de reojo. Está distraída mordiendo la punta del boli. Se me seca la boca al ver sus rojos labios rodeando ese objeto de plástico.

Aparto la mirada y la centro en mis estudios. Pasado un rato no me he enterado de nada y mi idea de mandarlo todo a la mierda y besarla de nuevo es más intensa de lo que debería.

—Por cierto, no hemos hablado de algo importante —me mira atenta—, de que tal vez la próxima vez sea yo el que te asalte y te quite la ropa y eso. Solo quiero saber si te negarías.

—Seguramente, no —me dice sincera—. Y ahora, ¿podemos seguir estudiando?

—No, no puedo. No puedo hasta que haga algo o te juro que me voy a volver loco.

Cojo su cara entre mis manos antes de que se niegue y la beso. Y sé que estoy perdido.

Esto no ha sido buena idea, quiero más.

Mis labios se amoldan a los suyos. Su sabor me embriaga. Soy adicto a sus besos.

Quiero más.

Me levanto tirando de ella hasta subirla sobre la mesa. Por suerte estamos solos en esta parte y nadie es testigo del espectáculo que estamos dando.

Su lengua se enreda con la mía y juego con ella mientras mi mano busca su piel bajo la camiseta que lleva.

Llevo mi mano al bajo de sus pechos al tiempo que mis labios descienden en un reguero por su cuello.

—Para, Levi —me pide Olimpia, y lo hago—. Sé que me deseas con locura..., pero tenemos que estudiar.

—Hace rato que no pienso en eso —digo tras poner mis manos en su cintura.

—Como si no me hubiera dado cuenta...; he visto cómo me mirabas mientras mordía el boli —lo dice pícara.

—¿Lo hacías aposta?

—Puede, yo tampoco estaba pensando en estudiar. No ha sido buena idea quedar para hacerlo.

Se espera y recoge sus cosas.

—Otra vez huyendo de mí.

—Solo hasta que acaben los exámenes. —Se acerca y me da un beso en los labios—. Me voy a casa.

—Te acompañaría, pero no me apetece llamar la atención más de lo que ya la llamo por ser el portero del equipo. —Olimpia baja la mirada y sonríe.

—Agua fría, Levi, o mejor, imagínate a tus compañeros en pelotas en el vestuario. Todos esos culos peludos... Porque dudo que todos se depilen hasta esa zona.

—Vale, gracias por ayudarme.

—De nada. —Se ríe y se marcha.

Me quedo un rato aquí, pensando en lo acelerado que va mi corazón y en lo mucho que deseo que acaben estos exámenes para tenerla toda para mí.

CAPÍTULO 5



OLIMPIA

Salgo corriendo tras entregar mi último examen. Al salir me encuentro con Levi, que parece que me estaba esperando. Eufórica, y porque me apetece, me alzo y le doy un beso.

Sé que esto me contradice. Pero quiero creer que lo tengo todo controlado, que solo es atracción física y punto.

Levi intensifica el beso, cogiéndome por la cintura. Me encanta como su contacto atraviesa mi piel y me da escalofríos de puro placer.

Quiero más...

—Ya no hay exámenes... —me dice pícaro sin acabar la frase.

—Podemos ir a mi casa —le digo, acariciando con mi lengua su labio inferior.

—O mejor a mi piso, que estoy solo.

—Mejor.

Los ojos verdes de Levi relucen por el deseo; seguramente los míos también. Estamos a punto de irnos cuando suena su móvil. Lo saca del bolsillo de su vaquero y responde.

—Am... No llores... Dime qué ha pasado... Sí, he acabado ya los exámenes..., cálmate... Vale, no te preocupes, voy para allí. No hagas nada hasta que yo llegue.

Cuelga y lo miro preocupada por la llamada de su hermana.

—¿Está bien?

—Su ex ha regresado al pueblo y quiere volver con ella. Am teme ser débil y olvidar lo mal que lo pasó cuando estaba a su lado, porque la sigue queriendo. Tengo que ir...

—¿Puedo ir contigo? Sé que es una locura y eso, pero yo he pasado por algo parecido y tal vez pueda ayudarla. Am me cayó muy bien, bueno, toda tu familia. Me puedes llevar luego a mi casa a dormir...

—Puedes venir conmigo y ya veremos qué hacemos luego. Gracias por querer ayudar.

Levi me da un beso tierno en la frente y cuando se separa ve que lo estoy fulminando con la mirada. Se ríe y tira de mí hacia su coche para llevarme a casa y que prepare una pequeña maleta.

Nos vamos a casa de sus padres tras pasar Levi también por su casa y coger lo necesario para estar unos días fuera.

El viaje lo hacemos en un cómodo silencio. Hemos pasado de casi estar retozando en su cama a tener que ir corriendo a evitar que su hermana cometa un error. Estamos a punto de llegar cuando Levi abre la boca para contarme la historia de amor de Am.

—La ex de Am es de mi edad.

—Veintiuno —le digo como si preguntara, y me mira con una sonrisa.

—¿Nunca te lo he dicho? Lo has dicho como si quisieras reafirmar que es esa edad y no otra.

—No me lo has dicho; lo he intuido porque Oziel sí me dijo su edad, y también que eráis los tres de la misma quinta. Habla más que tú.

—Eso siempre. Y sí, tengo veintiuno. Y Am, dieciséis. Y no me gusta criticar las relaciones de los demás por la diferencia de edad, pero, cuando empezó con mi hermana, esta acababa casi de descubrir que era lesbiana y solo tenía quince años. Estaba perdida y asustada porque temía qué le diría la gente, y ahí apareció Riz y le comió la cabeza de tal forma que mi hermana bebía los vientos por ella, hasta el punto de que no existía nadie más. Hablé con Riz para que le diera tiempo a mi hermana y la dejara madurar lentamente...; mis padres hicieron lo mismo. Todos veíamos que esa relación era tóxica para Am. No solo quería estar con ella, quería que odiara al resto, le hacía creer que la gente no la quería por ser lesbiana. Mi hermana se enfadaba con sus amigas, empezó a sacar malas notas...; fue horrible, y lo peor estaba por venir. Le contaminó tanto la mente que le dijo que se fugara de casa con ella, que sus padres no la querían tanto como ella. Y Am, tras enfadarse con mis padres, se marchó de casa...; pero entonces miró atrás y vio a mi madre rota de dolor, llorando en los brazos de mi padre, y a mi padre llorando por primera vez. Dejó a Riz, porque eligió a la familia, pero lo hizo con dudas y sintiendo todavía mucho por ella. Riz se fue enfadada y dijo que no regresaría jamás tras ella, pero al parecer era mentira, porque ha vuelto.

—Y tu hermana tiene dudas.

—Rompió con ella porque eligió a la familia y no entendía por qué Riz la hacía decidir. Pero si ahora ha vuelto diciendo que lo siente o que se arrepiente..., seguramente mi hermana acabe por ir tras ella. Riz no me cae bien después de conocerla como pareja de mi hermana. No me gustó como le lavaba el cerebro, ni como hacía que mi hermana se tuviera que currar su atención.

—Vamos, que era una relación horrible. —Asiente—. Como me pasaba a mí con mi ex.

—Me alegra que hayas venido. Yo nunca he salido con nadie... y a veces no sé si lo que le aconsejo es lo acertado.

—Claro que lo es. Entiendes lo que le pasa porque la has visto sufrir y, aunque no te haya sucedido, tú lo has pasado también mal por ella.

Llegamos a su casa y al entrar su madre sale a recibirnos y me abraza como si me conociera de toda la vida.

—Cómo me alegra teneros aquí. Am ha salido con papá a comprar unas cosas —informa a Levi sabiendo que hemos venido por ella.

—¿Cómo está? —pregunta Levi a su madre cuando llegamos al salón.

—Mal. Esa Riz no para de llamarla y de tocar a la puerta para comerle la cabeza. En serio, si vuelve con ella y luego la deja, temo que Am acabe perdiéndose del todo. —Nos mira con los ojos llenos de lágrimas.

—No pasará, y si pasa, la apoyaremos. No está sola —dice Levi; su madre asiente y le da a su hijo un apretón de cariño en el brazo.

—Ven, Olimpia, deja las cosas en el cuarto de Am. Dormirás con ella. Mari y Judy no van a venir.

Asiento y dejo que me guíe hasta la habitación mientras Levi va a dejar las cosas a la suya.

Hemos comido algo por el camino, pero su madre insiste en hacernos una merienda contundente. Estamos preparando todo en la mesa del salón cuando suena el timbre.

Levi mira a su madre y dice que va él. Tal vez adivinando que será Riz.

CAPÍTULO 6



LEVI

Abro la puerta y me encuentro cara a cara con Riz. Trata de disimularlo, pero en sus ojos veo la rabia oculta tras su falsa sonrisa.

Está claro que no me quiere aquí. Pues que se prepare, porque no pienso dejar que mi hermana la siga sin hacerle comprender antes que, si Riz de verdad la quisiera, nunca la hubiera tratado así.

Me niego a creer que tener pareja es lo que mi hermana vivió con Riz. Riz es una persona que no soporta que la chica que está con ella tenga una vida lejos de su lado. Tiene tantos complejos y miedos que no quería ni que Am hablara con otra chica por si se enamoraba de ella; y también la acusaba de ligar con sus amigas, cuando Am tenía claro lo que sentía. Retorcía todo hasta tal punto que mi hermana tenía que pedir perdón por no hacer nada. Solo por una sonrisa cariñosa. Eso hizo que Am tuviera miedo de todo, y lo peor es que lo hacía por amor...

—Has venido —me dice fría.

—Por supuesto, yo sí quiero a mi hermana, por eso estoy aquí. —Sus ojos brillan de rabia.

—Yo también la quiero, y me he dado cuenta del daño que le hice por culpa de mis miedos.

—Bien, cuando empieces con otra persona, recuérdalo para no amargarle la vida.

—No quiero a otra, quiero a Am y voy a luchar por ella.

—Yo también, pienso luchar por mi hermana hoy, mañana y siempre.

Nos miramos desafiantes a los ojos.

—Tú no entiendes lo que es el amor.

—Puede que no haya salido en serio con nadie, es cierto, pero he visto a mis padres quererse desde que nací; y lo que ellos tienen no se parece en nada a eso que tú llamas amor.

—En la vida se cometen errores, la gente cambia.

—No, la gente cree que cambia, pero en el fondo solo ocultan su verdadera cara hasta que un día aparece y ya es demasiado tarde para rectificar.

Escucho pasos cerca y al seguirlos con la mirada veo a mi padre y a mi hermana. Am mira a Riz, pero al verme a mí se acerca y me abraza. La estrecho con fuerza.

—Quiero hablar contigo, Am —le dice Riz. La ignoro.

—Olimpia está dentro.

—¿Quién es Olimpia? —pregunta Riz con un toque de celos que no nos pasa desapercibido a ninguno.

—Genial. Riz, voy a merendar con mi familia, luego hablamos.

Noto como Am tiembla, pero su decisión es firme. Entra en la casa y va a buscar a Olimpia. Mi padre mira a Riz y, sin saludarla, entra en su vivienda.

—¿Quién es esa Olimpia? —insiste Riz.

—¿Y dices que has cambiado? Háztelo mirar —le digo antes de cerrarle la puerta casi en las narices.

Voy al salón, donde escucho al resto. Am habla con Olimpia, pero tiene la cabeza en otra parte.

—¿Qué te ha dicho? —se interesa mi hermana.

—Que ha cambiado, y no la creo, por si me lo preguntas. Me miró con rabia al abrir la puerta y siente celos de Olimpia por lo que pueda ser para ti.

—Ella afirma que sí ha cambiado. —Noto la duda en los ojos de mi hermana.

Se me cierra la garganta por el miedo a que esas dudas la hagan cometer otra vez el error de estar con una persona que no le hace bien. No sé qué hacer para que abra los ojos.

—Mi ex también decía que había cambiado —dice Olimpia—; rompimos en cuatro años unas seis o siete veces. Siempre, según él, por mi culpa. Luego regresaba y decía que reconocía su parte de culpa, que lo perdonara, y lo hacía creyendo de verdad que cambiaría y que lo nuestro era una historia de amor intensa...

Miro a Olimpia: eso no lo sabía. Ahora entiendo por qué quería venir y, por su cara, sé que no está siendo fácil y que lo hace porque no quiere que Am pase por lo que ella pasó.

—Si no lo llego a pillar con otra, dudo que hubiera roto con él definitivamente. Eso me abrió los ojos...

Am mira a Olimpia.

—Debió de ser duro.

—Al principio simplemente le culpaba a él. Pero lo peor no fue eso — noto como le tiembla la voz. Toma aire y sigue—, sino que, pasado un tiempo, empecé a pensar en todas las cosas que había hecho por él. En la de veces que agaché la cabeza por él, que dejé que me manipulara y no le dije que no porque estaba enamorada y era un pequeño sacrificio por nuestra relación. Me vi a mí misma dejando a mis amigas de lado y sin salir de fiesta porque él se ponía celoso y no quería hacerle sufrir. O dejando mi equipo de fútbol por él, como una gran muestra de amor, para que viera que me importaba más que nada. Empecé a recordar todas las veces que por amor no había sido yo misma. Que anteponía lo que él deseaba a lo que era yo...; me di cuenta de que estaba tan ciega que no era capaz de ver en lo que me estaba convirtiendo por estar a su lado. Y lo más triste es que era feliz haciendo eso, porque lo hacía para demostrar cuánto le quería.

Olimpia se limpia una lágrima que cae por su mejilla. Mi madre, que está cerca, la abraza.

—Eso no es amor, niña —le dice mi padre—. Eso es una obsesión, una relación tóxica.

—Lo sé, ahora lo sé. Pero mientras estaba con él, no lo veía.

Olimpia mira a Am y, por la mirada de mi hermana, sé que la entiende.

Y ahora yo también. Olimpia no teme estar con alguien por si este no la quiere y desperdicia más años de su vida, como ella dice; es por miedo a perderse de nuevo y olvidarse de cómo es ella realmente al lado de otra persona. Tiene miedo de anularse otra vez por amor.

—Yo no volvería a dejar que eso pasara —dice Am.

—¿Y cómo puedes estar segura? —le dice Olimpia—. Solo cuando sucediera lo sabrías y, de ocurrir, tú tal vez ni te dieras cuenta porque estarías viviendo la irrealidad que te ha creado el estar con una persona que saca lo peor de ti.

Am no dice nada, pero noto que este tema la está poniendo nerviosa. Me mira buscando ayuda: quiere dejarlo aquí.

—Ven, Oli, cojamos algo de comer y te enseño mi pueblo antes de que anochezca.

Olimpia asiente y mi madre nos ayuda a preparar algo de merienda.

Salimos de casa y no hemos dado ni dos pasos cuando se detiene y me mira preocupada.

—¿Me he pasado?

—No, pero Am sigue infectada por el amor que sentía por Riz. Aguanta solo hasta cierto punto hablar mal de su historia. Ella cree, en el fondo, que todo eso que tú dices que te pasó, a ella no le pasaría de nuevo.

—La entiendo. Yo caí cuatro veces antes de darme cuenta. Y de no haberlo visto poniéndome los cuernos no sé si hubiera agachado la cabeza alguna que otra vez más.

Empieza a andar.

—Te entiendo...

—¡No! ¡No lo haces! No sabes lo que es justificarlo todo de tu pareja. Que te llame poco, que te bese poco. Que no te diga te quiero... No sabes lo que es decirte a ti misma: «No pasa nada, aguanta, lo haces por lo que tenéis entre los dos, por vuestra historia de amor», secarte las lágrimas y sonreír como una tonta por una mierda de abrazo o por un beso en la mejilla, y pensar: «Todo está bien». ¡¿Sabes lo que es mendigar cariño?! Porque eso es lo que hice yo. Y no lo veía, Levi. En mi cabeza todo estaba perfecto. Y todo lo hacía por amor. Por eso, si esa es mi forma de amar, no la quiero de nuevo en mi vida. Porque me quiero más a mí.

Se aleja e intento ir tras ella, pero alguien me detiene.

—No la sigas, necesita estar sola. —Me vuelvo y veo a mi hermana. Está llorando—. Yo siento lo mismo que ella...

—Entonces, ¿por qué dudas?

—Porque quiero a Riz.

—¿Y qué más te angustia?

—Que nadie me vuelva a querer. Y creo que, si Olimpia soportó todo eso de su ex, fue también porque en el fondo no creía que se mereciera algo mejor.

—Nuevas lágrimas caen por sus mejillas.

La abraza con fuerza.

—Ambas os merecáis algo mejor. Nadie se merece mendigar el amor. Cuando se ama, uno se entrega a la persona que quiere, porque lo mejor que te puede pasar cada día es que siga a tu lado. Así que ni tú, ni ella, ni nadie, tiene que luchar para que otra persona les dé un poco de cariño. Si no lo hace, es porque en realidad no le importas lo suficiente.

CAPÍTULO 7



OLIMPIA

No sé por qué pensaba que venir sería buena idea, sabiendo que esta situación me traería recuerdos. Bueno, sí lo sé, me creía perfectamente recuperada. Pensaba que había superado lo tonta que fui.

No es así.

Ver a la familia de Am con ella me ha recordado a la mía, a todas las veces que me dijeron que no volviera con Aarón, que no me hacía bien, pero caía, una y otra vez, creyendo de verdad sus palabras de que había cambiado, de que todo sería diferente esa vez. Y lo era, pero solo los primeros días. En esos días me sentía querida y pensaba que volver había merecido la pena; luego, una vez más, llegaba el momento de conformarse, de dejar de salir con amigas porque a él no le gustaba, de ponerme ropa poco llamativa para que nadie pensara que estaba buscando lío..., hasta de acostarme con el móvil en la cama cuando él salía de fiesta por si me llamaba a la vuelta borracho como una cuba.

Lo peor es que yo creía que era feliz.

Me agobia que me pueda pasar lo mismo y no darme cuenta de las carencias de mi relación hasta que es tarde o hasta que veo a mi novio con otra mostrándome una parte de él que no conocía..., o, mejor dicho, que no quise ver.

No sé cuánto tiempo ha pasado cuando regreso a la casa de Levi.

Me encuentro en las escaleras del porche a una chica rubia muy guapa sentada esperando.

La puerta se abre y aparece Am.

—Hola, Olimpia —me dice Am—, Levi está en el bar con sus amigos esperándote. Por si te apetece ir.

—Si me dices dónde es, iré.

Me lo indica la rubia, que intuyo que es Riz. No para de mirarme y no me gusta un pelo. Tiene algo bajo esa bonita apariencia que me pone de los nervios.

—Adiós —me dice Riz, como diciendo: «piérdete».

Me da mucha rabia; tal vez por eso me vuelvo y le digo a Am:

—¿Vienes conmigo?

Am aparta la mirada y sé qué va a decir antes de hablar.

—No, me voy con Riz a dar un paseo. Luego nos vemos.

Me marcho de aquí triste y sintiendo que estoy viéndome a mí misma en el pasado, cuando, pese a los consejos de mi familia y mis amigos, regresaba con mi ex, y lo peor es que le contaba todo lo que me habían dicho, como para que viera que confiaba en él más que en nadie. Y eso luego se volvía en mi contra cuando me lo echaba en cara al querer pasar tiempo con mis amigos o mi familia.

Qué tonta fui.

Llego al bar que me ha dicho Am y veo a Levi en la barra hablando con el camarero. Está pendiente de la puerta y, al verme entrar, noto como se relaja su verde mirada.

No se acerca, pero no me quita ojo de encima hasta que me pongo a su lado.

—Aun a riesgo de que me mandes a la mierda, voy a hacer algo que quiero hacer desde que te fuiste.

Levi me abraza.

Me refugio en sus brazos y noto como el peso de todo lo vivido me hace temblar. Me separo porque temo perder la poca fortaleza que tengo para seguir en pie.

Me da un beso en la mejilla y luego tira de mí hasta una silla en la barra. El moreno camarero no pierde detalle de lo que hacemos. Tampoco es que haya mucha gente en el lugar.

—Olimpia —me dice Levi—, te presento a Marcos, amigo del instituto y de mi antiguo equipo de fútbol.

—Encantado de conocerte —me dice Marcos.

—Igualmente.

—Y, por si te lo preguntas, no, no sigo jugando al fútbol.

—No lo hago, pero gracias por la aclaración.

—¿Qué te pongo? —Se lo digo y se marcha a la nevera, donde tiene lo que le he pedido.

—Era un gran delantero —me dice Levi.

—¿Y qué pasó?

—Que me gustaba más la fiesta y liarme con tías que cumplir en el campo —dice Marcos, dejando el refresco ante mí—; fue entrar a la universidad y me eclipsé. Ser el delantero titular me daba mucha fama entre las mujeres y también entre los que me querían hacer la pelota. Me dejé llevar. Y, aunque me advirtieron que podía perder mi beca, no hice caso, porque aun sin estar al cien por cien era el mejor que tenían. Hasta que me lesioné al tirarme a una piscina y perdí la beca cuando me echaron del equipo.

—¿Caíste mal en el agua? —me intereso.

—No, sobre el duro suelo. No había agua. Hacía el capullo, borracho.

—Vaya, lo siento.

—Yo, en parte, no; me quedé sin mi puesto y eso, pero la lesión y ver lo que había perdido me hizo cambiar y darme cuenta de lo que estaba haciendo con mi vida. Ahora trabajo para pagarme la universidad y valoro más lo que tengo. No he vuelto al equipo, soy entrenador de un equipo de niños y me encanta ver la inocencia con la que juegan.

—Eso está bien —le respondo—, yo perdí mi puesto de portera titular por un tío que era idiota. Eso sí que es malo.

—Pues ya sabes, elige mejor la próxima vez. —Mira a Levi.

—Qué poco sutil eres —le digo con una sonrisa—. Levi solo es mi amigo. Y paso de estar con nadie.

—Eso decía yo antes de empezar con mi chica —me dice Marcos antes de irse a atender a unos clientes.

—¿Qué le has contado a tu amigo de mí? —le pregunto a Levi tranquila.

—Solo que me pones mucho. —Me guiña un ojo—. Lo otro es de su cosecha. Hacemos muy buena pareja.

—Ya será menos —le digo de broma.

—Y, lo que más me importa: ¿estás mejor?

—Estoy mal por el hecho de que me haya afectado. Pensaba que lo tenía completamente superado.

—Yo sabía que no —me dice muy seguro.

—¿Por qué?

—Porque, cuando de verdad lo tengas superado, no te dará miedo seguir adelante y poder conocer a otras personas. Mientras digas que no quieres estar con nadie por si acabas igual, es porque lo sucedido sigue marcando tus días.

—Pues qué bien —digo entre dientes—. Ah, y por cierto —digo cambiando de tema—, no ha servido de mucho que contara mi experiencia. Am ha quedado con Riz y yo creo que va a perdonarla. Lo he visto en sus ojos. Yo era igual, le daba una oportunidad a mi ex por si de verdad cambiaba; con miedo de que fuera el gran amor de mi vida y lo perdiera por no saber perdonar.

—Vaya chorrada —dice Marcos, que no sabía yo que estaba escuchando—. Perdón por escuchar, esto de ser camarero me hace ser cotilla. Si fuera el gran amor de tu vida, no sería un capullo contigo; y si lo es, es él quien te pierde, no tú a él. Que nadie te haga sentir lo contrario cuando el que lo hace mal es él. —Asiento algo molesta por el hecho de que todo el mundo opine cuando no saben lo que es vivir una experiencia así—. Y en lo que respecta a tu hermana, ojalá se dé cuenta antes de volver con Riz. No me fío de esa tía. Nunca me cayó bien.

—Eso es porque te dio calabazas tras acostarse contigo —le dice Levi—, y no, a mí ahora tampoco es que me cayera especialmente bien.

Marcos se va a atender y Levi tira de mí hacia la mesa de billar. Me pregunta si sé jugar y le digo que sí.

—Pues qué mal, porque yo soy muy malo jugando al billar —admite—. Pensaba hacer lo poco que sé e impresionarte. Da igual, juguemos y dame una paliza.

—Te puedo enseñar los trucos que sé.

—Siempre andas enseñándome cosas y yo a ti, nada.

—Bueno, ya veremos si en otros lugares más íntimos me puedes enseñar algo nuevo tú a mí.

—Joder, ¿y si buscamos un lugar tranquilo para que empecemos con ese aprendizaje? —Me río.

—No, y ahora juguemos.

CAPÍTULO 8



LEVI

Olimpia se pone detrás de mí para enseñarme. La dejo hacer solo porque me encanta tenerla así, no porque de verdad me esté dando una clase. Ella también disfruta llevando la voz cantante. Y vale que no soy muy bueno, pero reconozco que estoy fingiendo ser más malo de lo que soy jugando a esto para que me dé lecciones, ya que he notado cómo le gusta y le distrae este juego.

—¿Lo has cogido?

—Sí, profe. —Asiente y se apoya contra el borde de la mesa.

—Vamos, tira.

—¿Que me tire sobre ti? Reconozco que esa postura sobre la mesa de billar me pone, pero no me va el sexo en público. —Se ríe.

—No seas tonto. Sabes lo que te quiero decir.

—Me gusta oírte reír, solo por eso merece la pena ir de payasete.

Sonríe y me insta con un gesto de su mano a que tire. Lo hago y meto dos bolas.

—Sé desde el principio que no eres tan malo como me has dejado hacer ver —me dice juguetona—. Pero me encanta darte órdenes.

—¿También en la cama? Lo digo por ir a comprar unas esposas.

—¡Levi!

—¿Cómo eres en la cama?

—Ya sabes que con mi ex no hacía nada.

—No te he preguntado cómo eras con tu ex —me agacho y tiro, metiendo otra bola—, te he dicho cómo eres tú en la cama. Cómo quieres ser ahora que nadie decide por ti.

Me mira fijamente a los ojos. Se muerde el labio. Me cuesta mucho no acercarme a ella y besarla.

—Me gustaría que hubiera complicidad, y sin secretos.

—Es lo normal.

—No, no lo es. Tu habrás disfrutado del sexo, pero yo no... Bueno, hasta que lo hice contigo —reconoce con voz suave—. Pero hasta entonces me conformaba. Y no creo que sea la única. Tú seguramente habrás disfrutado más que yo, no por estar con unas y con otras, sino porque hacías lo que deseabas.

—Puede..., pero cuando estás con una chica que no conoces una noche, todo es un poco rápido y lo que dicta tus pasos es más el morbo que el deseo de hacer algo innovador en la cama.

—¿Nunca has estado con una chica más de una noche?

—No, porque pasado ese morbo no tenía más interés en la persona. No sentía deseos de conocerla más a fondo. Tras el sexo con una extraña llegan las preguntas incómodas y te sientes un poco raro, porque te has dejado llevar por el deseo y ahora entra tu conciencia, que te dice: «Lo has pasado bien, no te rayes, tío». Pero lo haces igualmente.

—No creía que eso te pasara.

—Sí, pero luego sales de fiesta, ves a una chica que te atrae y te dejas llevar nuevamente por ese deseo. Es una mierda cuando la razón entra en juego y te cuestionas la vida que llevas.

—Te hubiera gustado encontrar a alguien.

—Sí, pero debo de ser un bicho raro que no tiene activado el botón de enamorarse de alguien.

—Por mí, mejor, la verdad —admite relajada.

Yo no lo estoy tanto, porque su comentario me ha molestado. Algo que no debería pasar si de verdad no quiero nada serio con ella.

—Claro, es lo mejor —digo no tan seguro.

Me mira feliz. Seguimos jugando, esta vez en silencio. Gana; yo estoy distraído.

Nos vamos de vuelta a mi casa en un raro silencio. No llega a ser incómodo, pero no sé si es cosa mía o nuestra conversación de antes nos ha alejado un poco.

Al llegar a la puerta de mi casa juego con las llaves hasta que me decido a hacer lo que deseo desde hace rato.

La beso.

Meto mis manos bajo su chaqueta para profundizar el beso, acercándola a mí y al mismo tiempo acariciando la piel de su espalda.

Noto como el beso se nos va de las manos a cada segundo que pasa, y más cuando nuestras lenguas entran en juego y danzan juntas la una con la otra, haciendo que el calor aumente entre los dos.

Abro la puerta de mi casa y tiro de ella hacia mi cuarto; veo al pasar por el de mi hermana Am que no ha llegado. No hemos cenado, aunque es tarde y seguro que mi madre, antes de acostarse, dejó algo en la cocina por si lo necesitábamos. Ahora mismo en lo único que pienso es en tener a Olimpia solo para mí, en la intimidad de mi cuarto de la infancia.

—Tus padres están en la casa... —dice cuando tiro de su chaqueta.

—Pues ya sabes, no hagas ruido.

—Levi, no creo que sea el lugar...

—Yo no lo veo así. Déjate llevar, piensa solo en mí.

Me pierdo en su vidriosa mirada nublada por el deseo hasta que asiente.

Le quito la ropa sin dejar de mirarla. Ella hace lo mismo conmigo. Como la litera es muy ruidosa, dejo caer las mantas en la alfombra antes de sentarme y tirar de ella.

Nos besamos de nuevo, pero no sé si conseguimos de verdad que nuestra pasión sea silenciosa. Solo sé que no puedo dejar de acariciar cada parte de su cuerpo.

Nuestro primer encuentro fue demasiado rápido.

Llevo mis labios hasta su cuello y me pierdo en su perfume mientras le dejo caer pequeños besitos al tiempo que mis manos recorren su cintura hasta alcanzar sus generosos pechos.

Acaricio sus endurecidos pezones hasta que mi boca se hace cargo de ellos.

—Levi, me pones muy difícil el no hacer ruido.

—Tú solo dime si te gusta, si lo hago bien. Y, si no, dime cómo lo quieres.

—No lo haces mal. Puedes seguir.

Sonríó antes de seguir con mi tarea.

Me encanta la suavidad de su piel, cómo reacciona a mi contacto y lo receptiva que es. Me encantan los ruiditos de placer contenido que emite y cómo tira de mi pelo cuando su deseo aumenta.

Me gusta todo de ella.

Olimpia duda, pero al final lleva su mano a mi endurecido miembro. La dejo hacer. Me cuesta mucho no pedirle que deje de hacerlo, porque temo durar menos que la otra vez si sigue con su escrutinio; pero no lo hago porque quiero que se sienta libre para hacer lo que desea sin pensar si es o no lo correcto. Esto no está mal, es una relación de sexo consentida y ambas personas deberían disfrutar lo mismo; si no, es que algo no va bien.

Ahora mismo me acuerdo, como ella me sugirió, de culos peludos y alineaciones... Imposible, sus manos bajando en torno a mi miembro son demasiado para mí.

Estoy temblando de puro deseo.

Llevo mis manos a sus muslos y las subo por el interior de estos hasta que llego a su sexo.

Está listo para mí, caliente y húmedo.

Joder, no voy a aguantar nada...

Me pone demasiado esta chica.

Llevo mis dedos hacia su clítoris y lo acaricio, sabiendo que le gustará. Por suerte esto hace que se detenga, presa del placer. Llevo mis dedos a su sexo y los meto dentro de ella.

Entran y salen al tiempo que con mi pulgar acaricio su endurecido botón.

«No puedo esperar más...», pienso cuando se acerca a mí y me gime al oído.

Busco un condón en mi mesita y me lo pongo, rogando que aguante por lo menos lo justo para que ella disfrute.

Me pongo en el suelo y le insto a que sea ella la que lleve el control. Le gusta, lo puedo ver en sus ojos.

Se deja caer sobre mi endurecido miembro y noto como poco a poco su cuerpo me succiona. Echo la cabeza hacia atrás hasta que entra del todo y me alzo para mirarla.

Es preciosa. La mujer más hermosa que he tenido entre mis brazos.

Con ese pelo rubio y esos ojos brillantes por el deseo.

Me tiene loco.

Baja y sube. La ayudo, poniendo mis manos en su cintura.

Me estoy rompiendo en cientos de pedacitos de puro placer y este aumenta cuando noto que el orgasmo se acerca. Por suerte me acuerdo de que me siga y acaricio su clítoris hasta que nos rompemos juntos por este potente orgasmo.

Se deja caer sobre mi pecho y dudo antes de abrazarla; lo hago, aun a riesgo de que se marche como la otra vez, y sé que si lo hiciera me quedaría destrozado.

CAPÍTULO 9



OLIMPIA

—No me puedo creer que lo hayamos hecho en tu cuarto de la infancia con tus padres a unos pasos —le digo a Levi apoyada en su pecho. Se ríe—. No tiene gracia —murmuro entre dientes—. ¿Y si nos han oído?

—¿No escuchas a mi padre roncar? —Asiento—. Mi madre duerme a su lado a pesar de sus ronquidos y dice que no es para tanto, que ella no se entera de que ronca. Si no se entera de esos bramidos nocturnos, dudo que se haya enterado de algo más.

—Tiene su lógica. Pero reconoce que se nos ha ido un poco de las manos.

—Solo si tú me dices si has disfrutado.

—Puede que sí.

—Eres mala, te cuesta admitir que sí. Solo lo pregunto porque no quiero pensar que te quedas a medias. No conmigo.

—¿De verdad que no es para aumentar tu ego en la cama?

—No. —Me alzo y lo miro a los ojos. Dice la verdad.

Acaricio sus labios, sabiendo que estoy cruzando la línea que separa acostarse con alguien y hacer el amor. El problema es que ahora mismo no puedo detener mis ganas de tocarlo.

Ya me arrepentiré más tarde.

—Me ha encantado, no eres egoísta en la cama y es de agradecer. Contigo no he tenido que fingir un orgasmo.

—¿Lo hacías con tu ex?

—Claro, estaba deseando que acabara y me decía: «¿me sigues, nena?», y lo seguía para que no pensara que era malo...

—Vamos, que le dorabas la píldora para que él estuviera feliz. Nunca más, Oli. Si un tío lo hace como el culo, que se esfuerce.

—Lo sé. Pero cuando me enamore igual me vuelvo otra vez esa tonta sumisa que asiente a todo y se conforma con las migajas.

—No lo permitiré.

—¿Y si me enamorara de ti? ¿Cómo sabrías que no soy así?

—En el caso de que aceptes que soy encantador y que sería genial como novio, cosa que no te estoy planteando —dice cuando nota que me pongo nerviosa—, yo sé cómo eres y no aceptaría menos de esto. No querría tu versión sumisa sabiendo que la salvaje es tan genial. Lo querría todo de ti, y en ese todo entran los defectos y tus deseos.

—Vale, pero como eso no va a pasar, estamos tranquilos. —Me ruge la tripa—. Cambiando de tema, tengo mucha hambre. ¿Asaltamos la cocina?

—Ya voy yo. Ponte cómoda.

Se levanta, se pone los bóxers negros y se va hacia la puerta.

—¡Levi!

—¿Qué pasa?

—¡Que vas en ropa interior!

—¿Y? Es mi casa.

—Ya, ¿y si te pilla alguien? Pensará que te he visto en ropa interior...

—Como si fueran tontos y no supieran que tú y yo nos hemos acostado; no digo aquí, digo en otra parte. —Con una sonrisa de sobrado saca un pantalón del cajón de su mesilla de noche y se lo pone. Solo eso, y he de admitir que así vestido está muy sexi.

Me pongo la ropa interior y voy al cajón de Levi a coger una de sus camisetas. Arreglo un poco el lugar donde hemos estado tumbados..., bueno, donde he dejado que la pasión me cegara, y me siento a esperar.

Una parte de mí se muere por salir corriendo; otra no piensa irse a ningún sitio de momento. Me divido entre dejarme llevar a ver cuándo se apaga lo que tenemos, y dejarlo aquí por si un día descubro que Levi me importa más de lo que creo y no soy capaz de dejarlo ir aun sabiendo que puede que estar con otra persona me haga perderme una vez más y olvidarme de mí.

Levi, por suerte, no tarda en aparecer, así mi cabeza deja de marearme con cientos de pensamientos contradictorios.

—Sigues aquí —dice en tono de broma, como si hubiera estado leyéndome la mente.

—Tonto. Y solo lo hago porque tengo mucha hambre. —Le saco la lengua.

Se sienta y pone la bandeja de comida entre los dos. Hay bocadillos fríos y patatas.

—Mi madre ha hecho carne empanada y nos ha dejado a nosotros. La he puesto en bocadillos con tomate, queso y mayonesa. Aunque está frío, está rico. No es la primera vez que ceno esto.

—A ver qué tal. —Le doy un bocado y he de admitir que está muy bueno—. No está mal.

Sonríe como si supiera que le he restado importancia a lo rico que me está pareciendo. Cenamos en un cómodo silencio.

—Tu familia me recuerda a la mía —le digo casi acabando—. Hemos tenido suerte de caer en un núcleo familiar así.

—La verdad es que sí. Yo siempre lo he valorado. He visto a muchos amigos estar mal por sus familias rotas y eso me creaba ansiedad, por si pasaba en mi casa; y al mismo tiempo me hacía darme cuenta de lo que tenía.

—Me pasa lo mismo. Aunque de niña me daba miedo que mis madres se separaran. Me agobiaba pensando si podría verlas a las dos, si me separarían de mi hermano...; me inquietaba que las leyes no entendieran que las dos son mis madres, tenga la sangre de quien la tenga.

—Te entiendo.

—Lo de Am me ha recordado a cómo lucharon ellas para que yo no siguiera con Aarón. No sirvió de nada, pero siempre estuvieron ahí y, cuando por fin lo dejé con él de manera definitiva y estaba destrozada, me apoyaron los tres como una piña. Eso evitó que acabara peor. Lo malo es que me arrepiento mucho de haber estado tan ciega. Ese sentimiento de culpa al mirar a mi familia era igual de intenso que el de la pérdida de Aarón.

—Tú habrías hecho lo mismo por cualquiera de ellos, y no lo hubieras hecho esperando nada, sino porque, cuando quieres a alguien, lo das todo sin pensar en qué recibirás a cambio.

—Eso es cierto. ¿Y qué piensas de Am? Yo creo que va a volver con Riz.

—En el fondo sabe que no es lo que le conviene, por eso me llamó; el problema es que la sigue queriendo y eso puede inclinar la balanza hacia continuar la relación.

—Sí, es lo que me pasaba a mí. Estaba ciega.

—Estaré a su lado haga lo que haga.

—No lo dudo —le respondo.

Nos miramos con intensidad, hasta que esto me es incómodo y doy mi cena por terminada.

—¿Te vas a dormir?

—Sí, estoy cansada. Nos vemos mañana.

Me marcho sin mirarlo, aunque lo hago antes de salir. Levi me mira serio, y solo cuando me vuelvo sonrío. No le devuelvo la sonrisa, porque siento que, aunque jure comprenderme, en el fondo no es así.

Y no sé si estamos jugando al mismo juego.

Necesito creer que sí, porque contra todo pronóstico no estoy preparada para decirle adiós aún.

Es más fuerte mi deseo de seguir a su lado que mis ganas de salir corriendo.

CAPÍTULO 10



LEVI

Me levanto temprano y, tras darme una ducha, voy a la cocina a ver si con suerte mi madre ya tiene listo el café recién hecho.

Al entrar la veo preparándolo con su bata de estar por casa y una coleta mal hecha. Se vuelve y me sonrío. Yo siempre la veo hermosa, vaya como vaya.

—Buenos días. —Le doy un beso en la mejilla antes de coger una taza para el café—. Llénamela hasta arriba.

—Eso quiere decir que no has dormido mucho.

—Le daba vueltas a una cosa.

—¿A cómo no perder a Olimpia cuando descubra que estás enamorado de ella?

—¿Qué? Yo no...

—Mira, hijo, te conozco desde que naciste —sonríe, como diciendo «eso no me lo puedes rebatir»—, y sé que por primera vez te has enamorado de alguien. Es posible que tú aún no quieras admitirlo, porque es más fácil no hacerlo sabiendo que Olimpia está muy tocada por su relación anterior; y cuanto más cerca la quieras tú, más lejos se irá ella.

Miro por la ventana asimilando las palabras de mi madre al tiempo que me veo a mí mismo observando a Olimpia como un tonto... enamorado.

Sabía que ella era especial, que era única para mí...; era más fácil describirlo así como una amistad que admitir que, si pienso así de ella, es porque por primera vez he encontrado a una chica que me ha conquistado de principio a fin.

Esto es una mierda. Era más feliz cuando me hacía el tonto.

—¿Algún consejo?

—No la fuerces. Dale tiempo y llegará un momento en que, sin ella darse cuenta, estaréis juntos y tendrá que aceptar que lo vuestro no es igual que lo

que tuvo con ese chico.

—¿Y si eso no pasa?

—Te apoyaremos, porque presiento que, si esto sale mal, lo vas a pasar fatal.

—No me tranquiliza saber eso...

—Lucha por ella si te importa de verdad. Se puede hacer de muchas formas y no todas son a bombo y platillo; las pausadas y silenciosas son igual de importantes. Cada persona es diferente, por eso hay cientos de formas de conquistar. Cuanto más la conozcas, mejor sabrás cómo llegar a ella.

—Eso es lo que me da miedo, que no me deje conocerla del todo y acabe fastidiándolo todo por culpa de ir con los ojos cerrados en tantas cosas.

—Tendrás que jugártela.

Asiento; estoy más rayado si cabe. Por eso, aunque ya me haya dado una ducha, antes de que se levante Olimpia decido ir a correr por el pueblo, por los lugares donde solía entrenar antes para estar en forma para jugar.

* * *

Al llegar a casa veo a Riz en la puerta. Mi humor empeora.

—Pensé que te habías ido ya —le digo molesto porque siga tras mi hermana.

—No lo pienso hacer, y menos ahora que hemos vuelto. —Su mirada es de triunfo y se nota que me lo ha dicho solo para hacerme daño; y lo peor es que siento que disfruta con mi desconcierto y la tristeza que seguramente reflejan mis ojos.

—Te dije que me dejaras decírselo a mí —dice mi hermana detrás de mí; por la cara de Riz, no la ha visto llegar.

—Tu hermano parecía muy interesado en separarnos, así que quise dejarle claro que nadie ni nada lo hará.

—Si la quisieras de verdad, la conocerías mejor que nadie y sabrías que para Am era importante contarnos que, pese a todo lo que sufrió por ti, quiere darte otra oportunidad. Pero esto solo confirma lo que ya sabía: que no has cambiado ni cambiarás nunca. —Me vuelvo hacia mi hermana, que observa todo muy seria—. No puedo darte la enhorabuena, solo decirte que espero estar equivocado esta vez. No quiero que sufras. —Asiente.

—No les digas nada a los papás, ahora entro a hablar con ellos.

Asiento y entro en casa con un nudo en el pecho al ver la lágrima que se le ha escapado a mi hermana al decirme esto.

Me doy una ducha antes de buscar a Olimpia. Algo que no tengo necesidad de hacer, porque al entrar en mi cuarto ella me espera sentada ante mi escritorio, hojeando uno de mis libros.

Me quedo absorto mirándola y se me olvida recordar que no debe saber que no la veo solo como una amiga. Me cuesta, porque es la primera vez que la tengo delante desde que he admitido que estoy perdidamente enamorado de esta mujer.

Lleva el pelo recogido en una coleta y sonrío por algo que ha leído en la novela. Me encantan sus labios rojos y grandes. Y cómo se los muerde sin darse cuenta. Eso hace que desee darle un beso tras otro.

Alza la cabeza y me ve. Aparto la mirada por miedo, porque debo recordar que, si no quiero perderla, tengo que conquistarla en silencio.

—Mi hermana ha vuelto con Riz.

—Vaya. —La puerta de mi casa se cierra de un portazo y, a continuación, escuchamos unos sollozos amortiguados por algo.

Asustado, salgo del cuarto y veo a Am tratando de silenciar sus sollozos con las manos. Está temblando; voy hacia ella y la cojo en brazos casi antes de que se caiga de rodillas. Me arrodillo con ella y la abrazo con fuerza mientras llora. Al poco noto la presencia de mis padres, que me dicen que la lleve al salón.

Lo hago y me siento con ella entre mis piernas. No sé cuánto tiempo ha pasado cuando alza la cabeza y nos mira con los ojos hinchados por el llanto.

—La he dejado —dice casi sin voz—, no ha cambiado. Cuando le hablaba a Levi he visto todo lo que no me gustaba de ella..., y solo llevábamos juntas unas horas.

—¿Qué ha pasado? —pregunta mi madre, y les pongo al día.

—La he dejado porque sé que es lo mejor, pero estoy rota en mil pedazos por alejarla de mí. Me ha costado mucho tomar esta decisión.

—Es la más madura, ojalá yo lo hubiera hecho a tiempo —dice Olimpia con lágrimas en los ojos.

—Temo que un día, al mirar atrás, me dé cuenta de que me equivoqué... o me dejé influenciar. —Nos mira.

—Tú has sido la que ha visto la verdad, hija —le dice mi padre—, solo date tiempo para aceptarlo. Estoy muy orgulloso de ti, pequeña. Y no estás sola, vas a estar bien.

—Ahora lo dudo.

—Date tiempo, hija —le dice mi madre—. Y un día entenderás, al mirar atrás, por qué Riz no era para ti, pero para eso necesitas dejar que pasen los días.

Mi hermana asiente y pide que la dejemos sola. Lo hacemos. Aunque nos duela, solo podemos estar a su lado en silencio.

Me ha sorprendido mucho lo que ha hecho. No ha tenido que ser fácil para ella.

Ahora que he aceptado lo que siento por Olimpia, no sé si yo sería capaz de dejarla ir.

CAPÍTULO 11



OLIMPIA

Hace una semana que regresamos de la casa de Levi. La vuelta fue en silencio. Yo no dejaba de pensar en la valentía de Am y le daba vueltas a por qué yo no tuve ese valor. Una parte de mí sabía que no era la relación que quería, pero era más fuerte la idea de que el amor es sacrificio y que cuando quieres a alguien lo haces todo por esa persona.

Todo mentira.

Tenía que haber sido más como Am. A la larga ella se alegrará de lo que ha hecho y no tendrá que cargar con cientos de heridas que no sabe cómo cerrar.

Es por la tarde y sigo en la universidad, porque he quedado con unos compañeros para un trabajo. Nina también estaba en ese grupo, pero se ha ido antes para poder quedar con su novio.

Son cerca de las siete cuando salgo de la biblioteca, donde hemos estado reunidos en una zona reservada para trabajos en grupo y en la que, por suerte, se puede dialogar.

Estoy pensando qué me apetece comprarme de cena cuando escucho a alguien llamarme. Me vuelvo y me sorprende ver a Andrew corriendo hacia mí.

—Pensé que ibas a pasar de mí —dice antes de darme dos besos.

—¿Y por qué iba a pasar de ti?

—Porque tenías otros planes.

—Si por planes te refieres a cenar sola en mi casa viendo alguna serie, sí, tengo otros superplanes.

—O también puedes venirte conmigo a cenar y tomar algo. Ahora es cuando piensas que deberías haberme ignorado. —Me sonrío de una forma que deja claro que sabe que está jugando una partida ganadora y que no iba a salir corriendo. Su falsa humildad me hace gracia.

—Me tienes que decir algo más para convencerme.

—Conozco muchos lugares que seguro que tú no, porque he nacido en esta ciudad.

—Vale, eso te da muchos puntos, pero eres menor de edad y puede que yo quiera emociones fuertes.

—Si quieres emociones fuertes, te las puedo dar sin que mi edad lo impida —me dice de manera tentadora.

Una parte de mí dice «niégate, que igual estáis ligando», otra dice «¿y qué más da? Yo no tengo nada con nadie, y no quiero que nadie piense que sí».

—Acepto.

Andrew sonrío y me dejo llevar, deseando saber qué entiende él por emociones fuertes.

* * *

Vale, debo recordar para el futuro no seguir nunca más a un rubio de ojos azules cuando dice que sabe de emociones fuertes, por muy bonita y sexi que sea su sonrisa.

—No pienso saltar.

—No te va a pasar nada. Y, cuando lo hagas, mira el atardecer.

—¿Te crees que estoy ahora para mirar atardeceres o puñetas? —Sé que estoy perdiendo los nervios, pero estamos a cincuenta metros de altura, a punto de saltar en tirolina.

Sí, Andrew me ha traído a un parque donde hay tirolinas, zonas de escalada, salto de altura y cosas por el estilo; de esas que nunca he hecho y que preferiría que hubiera seguido siendo así.

Dejé que me pusieran los arneses porque creía que él se echaría para atrás, pero no, parece ser que le encantan este tipo de actividades y viene a menudo.

—Vamos, confía en mí, no te pasará nada —me dice cerca del oído, y parece un puñetero encantador de serpientes; por un momento hasta le he creído.

—Deja de hacer eso conmigo, encantador del demonio. Salta tú y, si no te matas, veré si te sigo.

Se ríe y salta. Como si nada.

Lo veo ir hacia la otra plataforma con suma facilidad. El monitor se acerca y me pregunta si necesito ayuda.

Niego con la cabeza antes de hacerle caso y saltar.

¡Joder! ¡No me pudo creer que esté haciendo esto!

—¡Te odio! —le digo a Andrew, que sigue riéndose.

Como no sé parar, me estampo contra la colchoneta. Andrew me guía hasta la plataforma y me coge de la cintura.

—No te soporto.

—Vale, pero al finalizar el día reconocerás que este es un gran plan. Sigamos.

—Me bajo aquí...

—No, y lo entenderás cuando llegemos.

Se tira y, sí, lo sigo y grito y maldigo en todos los idiomas que me sé.

Para liberar tensiones me está viniendo genial; creo que he insultado a alguno de mis profesores en uno de los saltos.

Tras el último estoy agotada. Andrew tira de mí y me ayuda a bajar al fin por la escalera. He de reconocer que me ha gustado más de lo que esperaba.

Me lleva hacia un claro y se sienta a la espera de yo también lo haga. Me siento y sigo su mirada. Está contemplando el atardecer que cae sobre la ciudad. Todo parece muy pequeño desde aquí arriba.

Se respira mucha paz y he de reconocer que ha merecido la pena el esfuerzo.

Andrew no dice nada, como si sintiera que ahora mismo lo que más necesito es estar en calma.

—¿Por qué has gritado «te odio, Levi»? ¿Te ha hecho algo?

—No he dicho nada de eso...

—Sí lo has dicho, y también «vete a la mierda, Aarón, soy feliz sin ti».

—Joder, sí que me sueltan la boca estas cosas.

—Entiendo que Aarón era un ex —asiento—, y con Levi estás liada, ¿no?

—Amigos raros.

—¿Amigos raros? ¿Que se odian?

—No le odio. No sé por qué dices eso.

—Anda, puedes hacerlo mejor, di, que soy muy cotilla.

—Te pareces a Oziel. —Se ríe—. Él hace que me agobie pensando en asuntos con los que no me puedo distraer ahora en mi vida —le reconozco—. Es tenerlo delante y deseo muchas cosas que no quiero, que me hacen tener

dudas y que me dan miedo. No estoy preparada para estar a su lado y tampoco para alejarme. Soy rara.

—No eres rara. Eres tú, y tus rarezas son parte de lo que te hace diferente al resto.

—Todo sería más fácil si no me hubiera chocado con él.

—Conozco esa historia. Pero te podrías haber chocado con él y no sentir nada. También fue una casualidad que conocieras a los amigos del novio de mi hermana y que yo te conociera. Y sin embargo por mí no sientes nada, ni tan siquiera odio, porque lo que sientes por mí te descoloca.

—¿Quieres decir que la misma situación cambia dependiendo de la persona con la que la tengas? —Asiente.

—Las casualidades existen todos los días, pero no a todas se les da la misma importancia. Creo que nos gusta creer más en unas que en otras, porque necesitamos pensar que el destino está tras ese encuentro para que este no nos haga perderlo. Como si al tenerlo de cómplice todo fuera más fácil.

—¿Crees en el destino y el amor?

—Claro que lo hago, tú no has vivido con mis padres. Se siguen regalando detalles y dando besos como dos adolescentes. Y yo quiero encontrar eso. A veces temo no hacerlo.

—¿Lo temes?

—Sí, porque sé lo que es el amor, y no me pienso conformar con menos.

—¿Y qué es el amor? Para mí fue descubrir que cuando amo soy una sumisa que agacha la cabeza por miedo a hablar y perder a la otra persona.

—¿Ves?, eso no es amor. Eso es obsesión. Te obsesionas por una persona y es como una enfermedad. El amor es lucha, pero no una en la que te pierdes por el camino. ¿Conoces a mi hermana? —Niego con la cabeza—. Bueno, pues cuando está con Neill es ella, él saca su mejor versión y la acepta como es. Hasta cuando está insoportable y solo la aguantamos sus familiares.

—Entiendo todo eso. Pero me da miedo dejarme llevar y equivocarme.

—Por eso odias a Levi.

—Sí, porque me da besos y abrazos ñoños que me molestan y en realidad es porque me encantan.

Se ríe.

—La vida es riesgo. Has dicho que no pensabas saltar en tirolina y para llegar aquí has cogido cuatro. Ha merecido la pena, ¿no?

—No —miento—, pero me da igual, si me empiezo a enamorar de Levi, me alejaré de él.

—Entonces me he confundido contigo, Oli, no te tenía por una cobarde.
—Una retirada a tiempo es una victoria.
—Con los refranes pasa igual que con el destino —dice levantándose—, que usamos el que creemos más acertado, pero no siempre es el correcto.
No le digo nada. Esta conversación no me gusta ahora mismo.
Todo el mundo habla como si lo supiera todo, pero cuando eres tú la que vive lo que te pasa, las cosas cambian. Pero dar consejos es gratis...

* * *

Levi me llama cerca de las doce. Andrew me llevó a cenar a un bar de bocadillos cerca de su casa y luego me ha traído con su moto a mi casa. No hace mucho rato de eso.

Dudo en si cogerle el teléfono, pero al final lo hago.
—Qué tarde me llamas —le digo tras saludarnos.
—Acabamos de llegar. Ha sido un viaje largo.
—Estarás agotado.
—La verdad es que sí, por eso estoy en la cama listo para acostarme.
—Yo también estoy en la cama. Acabo de llegar de estar con Andrew.
—Ah, bien. —No me lo creo, noto algo en su voz que me hace pensar que no le es tan indiferente como le gustaría.
Me inquieto.
—Hemos estado hablando de ti y de mí.
—Ah, ¿sí? ¿De qué?
—Dije que te odiaba mientras me tiraba en tirolina. Lo grité, más bien.
—Ah... No sé qué responder a eso —dice serio.
—No te odio, pero sí he descubierto algo mientras hablaba con Andrew.
—¿El qué?
—Que si te odio es porque eres alguien de quien me puedo enamorar y de hacerlo..., huiría de ti, lejos.
—Lo sé.
—¿Lo sabes?
—Sí.
—¿Y aun así quieres seguir con lo que tenemos?
—Sí. No soy yo el que tiene tantas dudas.

—Entonces es porque no te importa perderme, porque sabes que solo es sexo...

—No, es porque... —se calla—, sí, será eso.

Iba a decir otra cosa, lo sé, pero me quedo con esa mentira porque la necesito para no tomar decisiones.

—Genial, entonces. Ahora te dejo descansar.

—Que descanses tú también.

Cuelgo y me quedo con una sensación amarga en el pecho. Si todo va como yo quiero, ¿por qué me siento así de mal?

CAPÍTULO 12



LEVI

El partido ha ido genial. Hemos ganado y no han conseguido perforar mi portería. Sigo, tras la vuelta de los exámenes, siendo el portero invicto. Eso me produce presión, ya que mucha gente viene a vernos o lo pone en la televisión local para ver si sigo así de fuerte. Temo que, cuando me marquen un gol, cosa normal y corriente, se pierda el interés que se ha generado a mi alrededor.

Acabo de llegar y, en vez de ir a mi casa con mis amigos, he preferido venir a buscar a Olimpia.

Estoy a punto de llegar cuando la puerta de la casa se abre. Detrás aparece Nina, que al verme me dice:

—Levi, ¿qué tal?

—Bien. ¿Está Olimpia?

—Sí, en su cuarto. ¡Olimpia —grita—, tienes visita, yo me marchó! Os dejo — me dice a mí antes de irse.

Olimpia aparece por la puerta de su cuarto. Al verme sonrío.

—Enhorabuena, portero invicto.

—Gracias, supongo.

—¿Supones? —Entra en su cuarto y la sigo—. ¿Mucha presión? — adivina.

—Bastante, pero hablemos de otra cosa. —Veo su mesa llena de láminas. Se nota que estaba trabajando en ellas—. ¿Mucho trabajo? —Asiente.

Me siento al ver el diseño de una casa moderna. Está solo a lápiz, pero, aun así, puedo ver claramente la calidez y la luz que quiere darle a ese hogar.

—Me gusta mucho.

—A mí, no. Es la tercera vez que lo hago. No me sale bien...

—Yo lo veo perfecto —la corto.

—No lo está. No para mi profesor, te lo puedo asegurar. Luego seguiré —dice antes de tirar de mi chaqueta y besarme.

Me dejo llevar. Estaba deseando estar con ella, y más desde que supe que pasó la tarde con Andrew; una parte de mí teme que se pille por él y su palabrería.

Que ahora siga aquí a mi lado me deja tranquilo y, si soy sincero, quería verla para saber que todo seguía como siempre.

Tiro de ella hacia la cama, que está llena de libros. Entre risas los quitamos sin mucha ceremonia y escucho como caen al suelo.

La quiero solo para mí. Necesito creer por unos instantes que esto está más cerca de lo que creo. Aunque, en realidad, cada nuevo beso que nos damos siento y temo que sea el último.

OLIMPIA

Levi tira de mi ropa. No me paro a pensar en que sus besos parecen más urgentes, más posesivos. No lo hago porque me encantan y hacen que me olvide de todo.

Tal vez luego sí me pare a pensar en ello. Cuando la pasión se enfría es cuando entra en juego la razón.

Noto como sus manos se adentran bajo mi camiseta de estar por casa al tiempo que baja un reguero de besos por mi cuello. Me remuevo entre sus brazos de forma que mi cuerpo encaje con el suyo. Solo me separo para quitarme la camiseta y el sujetador.

Coge entre sus manos mis pechos y me los masajea hasta que no pueden estar más duros y pesados. O sí, ya que cuando pone sus labios sobre mis pezones me siento morir de placer.

Me encanta cómo juega su lengua con ellos. Como si los degustara.

Lo hace con un deseo patente en cada uno de sus lametazos.

Me vuelve loca.

Me derrite.

Tira de la goma de mis pantalones y, antes de que me quiera dar cuenta, estoy desnuda ante sus ojos.

Se aleja de mis pechos y el frío del cuarto se posa sobre mis cimas húmedas, haciendo que esto, por increíble que parezca, me excite de lo sensibles que están.

Busco a Levi con la mirada y lo encuentro entre mis piernas. Siento un poco de vergüenza y trato de cerrarlas por instinto.

—Si quieres que pare, lo haré, pero si no, espero que lo que tengo en mente lo disfrutes tanto como yo.

—¿Qué piensas hacer? —me sorprende que mi voz suene tan serena.

—Mejor te lo muestro —dice, antes de acariciar con sus dedos traviosos mi humedad.

—Esto no es nada nuevo —le digo un poco sorprendida por mostrarme algo que ya hemos experimentado juntos.

Se ríe y lo hace hasta que su aliento acaricia mi sexo.

—Levi...

—Oli...

—No irás a... —no puedo seguir porque su lengua me acaricia el clítoris con delicadeza.

Nunca he probado esto. Sí lo deseaba, pero no sabía cómo decírselo a mi expareja por lo que pudiera pensar de mí. Ahora me arrepiento de no haberlo pedido antes, al sentir como el placer se extiende con rapidez por mi cuerpo y como lo disfruto. Quizás en parte porque se trata de Levi. O no... Es posible que en su día esto hubiera ayudado a que nuestras relaciones íntimas no hubieran sido tan unilaterales, donde solo él disfrutaba.

Levi lame mi sexo mientras sus dedos entran y salen de mí.

Me encuentro gritando y maldiciendo como cuando me tiré por la tirolina, a causa de una emoción igual de intensa y diferente.

Me siento morir cuando intensifica las embestidas, y dudo que pueda durar mucho. Y eso que siempre he creído que las mujeres tardábamos bastante en llegar al orgasmo; pero con Levi estoy aprendiendo que todo depende de los «botones» que toques.

Me noto cada vez más cerca y así se lo digo, por si sus planes son otros, pero no, sigue hasta que me corro entre sus dedos, diciendo su nombre con mis labios.

Estoy agotada, pero, aun así, cuando se tira a mi lado en la cama, trato de coger fuerzas para que él disfrute también.

—Esta noche, no, esta es solo para ti.

No le discuto, porque no tengo fuerzas y porque me gusta ser un poco egoísta y por una vez ser yo la que disfrute en vez de dar tanto para no recibir nada.

CAPÍTULO 13



OLIMPIA

«Solo somos amigos», me digo cada vez que Levi y yo nos llamamos o tras acostarnos, cuando busco ya por instinto sus brazos para refugiarme. O cuando para picarme me da un tierno beso que poco tiene de juego y sí bastante más de dulce y cariñoso.

Solo somos amigos... Eso necesito creer.

El tiempo pasa muy rápido y sin darme cuenta estamos casi metidos de lleno en el segundo cuatrimestre. Estoy muy agobiada. Por eso la visita de mis amigas Lia, Trini y Lu a mi universidad llega en el mejor momento.

Nada como un fin de semana de chicas para olvidarse de todo.

En realidad, Trini ha convencido a las otras dos para venir a verme y así ver también qué tal va su prima, para intentar animarla entre todas. No he vuelto a ver a Kelly desde Navidad y, por lo que sé, todo sigue igual. Este curso se le está haciendo muy cuesta arriba.

Alzo la mano para saludarlas cuando veo el coche de Lu a lo lejos. Aparcan cerca y espero ansiosa a que salgan del automóvil; en cuanto lo hacen me lanzo hacia ellas para abrazarlas como si lleváramos toda la vida sin vernos.

—Ejem, ejem—dice Nina detrás de mí—. Soy Nina, la mejor compañera de Olimpia.

—Tampoco he tenido otra.

—Claro, por eso, entre otras cosas, soy la mejor.

—En eso tiene razón—dice Trini antes de presentarse; el resto hacen lo mismo—. ¿De verdad vamos a caber todas en vuestra casa?

—No te preocupes, lo tenemos todo pensado—dice Nina.

—Por mí, genial—dice Lu—, pero si no regreso con vosotras no os preocupéis por mí, estaré buscando a alguien con quien pasar la noche a solas.

—¿Y tu profesor?—me intereso.

—Me dejó porque le podía más no perder su puesto académico. Que le den. Yo me quedo con lo bueno que tuvimos y a otra cosa.

Sonríe como si de verdad estuviera todo superado y fuera tan fácil. Me hace preguntarme si cuando lo mío con Levi acabe yo también pensaré así. Quiero creer que sí.

Le mando un mensaje a Levi cuando se instalan en mi piso mientras decidimos qué hacer ahora, y él me responde.

Levi: Hoy han faltado varios jugadores de mi equipo porque están enfermos con gripe. ¿Os apuntáis a un partido con nosotros?

Se lo cuento a las chicas y, como ya esperaba, se apuntan. Nos preparamos con ropa cómoda. Entre lo que han traído y lo que tenemos Nina y yo, nos apañamos. Vamos al campo tras hacer unos estiramientos y correr hasta él; si vamos a jugar tenemos que estar listas para el ejercicio físico. Sobre todo, yo, que hace tiempo que no hago nada de deporte. Los estudios me quitan demasiado tiempo.

Al entrar en el campo me topo con Lilit, que al verme me saluda.

—Demostradles lo buenas que somos las mujeres cuando se nos da una oportunidad —nos anima.

—Eso está hecho —dice Lu—. Los vamos a machacar.

—Os recuerdo que somos cuatro —les digo, viéndolas tan motivadas—, vamos a tener que jugar con parte de ellos.

—Ganaremos —dice Trini.

Ya hemos acordado que ella se va a poner en la portería y yo de delantera. No quiero quitarle su puesto.

Veo a Levi a lo lejos con Oziel y Neill; me saludan. Y aunque saludo a los tres, mis ojos están puestos en Levi. No me puedo creer que solo haga dos noches que nos hemos acostado en su piso, aprovechando que estábamos solos, y ya sienta deseos de saber cuándo nos perderemos de nuevo el uno en el cuerpo del otro. Me estoy volviendo adicta a él y se supone que esto debería ir en disminución. ¿Qué pasa si él decide acabar con esto antes de que yo sienta que es el final? Quiero creer que nada y que estoy preparada para que diga «hasta aquí». Por suerte no me gusta ni nada, todo sería peor si estuviera enamorada de él.

Llegamos hasta ellos y Levi me guiña un ojo.

—Hola —dice el entrenador—, estoy encantado de conoceros y de que queráis jugar con nosotros. Vamos a hacer los equipos. A la portería, Levi en el equipo azul, y en el rojo...

—Olimpia —dice Trini—. Yo puedo jugar de defensa, me muero porque Oli venza al portero imbatible y sea ella quien hoy no deje pasar ni un gol.

—Genial —digo yo aceptando el reto.

—No pienso perder —me dice Levi.

—Lo peor no es perder, lo peor es no saber aceptar una derrota y quedarte anclado en el fracaso en vez de pensar cómo mejorar.

—Por supuesto —dice el entrenador.

Termina de formar los equipos. Como era de esperar, nosotras estamos con todos los jugadores que chupan banquillo habitualmente, y Levi, Oziel y Neill con el resto de los compañeros del equipo titular.

Cojo unos guantes, los que mejor se me ajustan, y me pongo el peto rojo antes de ir a la portería.

Hace mucho que no juego, tanto que sé que lo que ha dicho Trini va a ser complicado de cumplir; aun así pienso dar lo mejor de mí.

El partido empieza y me siento eufórica. Me encanta jugar al fútbol. ¿Cómo pude estar tan ciega para dejarlo todo por un tío que no me valoraba?

Está claro que la que no se valoraba era yo, por dejar que me dominara sin más.

La primera que paro es de Neill. Ha tirado con tanta fuerza que, aún pasados unos minutos, me pican los dedos tras detener el esférico.

El partido sigue y Lia, que hace de capitana de mi equipo, ha cambiado las jugadas que nos ha dicho el entrenador y ha decidido qué es lo mejor. Y parece que va a funcionar... «O no», pienso cuando, tras tirar a puerta, Levi detiene el balón que casi se podía ver dentro de la portería.

Me mira antes de tirar e, incluso estando tan lejos, siento como me reta a que lo haga mejor. Resulta raro conocerlo tan bien, hasta el punto de saber qué piensa.

Por suerte para mí detengo el siguiente tiro a puerta. Y Levi también los de mi equipo. Queda poco para que el partido acabe y no me gusta la idea de un empate. Por eso, cuando veo a mi equipo arriba con una jugada peligrosa, me subo de una carrera sin que nadie se lo espere, salvo Lia, que ha hecho esta jugada conmigo cientos de veces.

Alza la cabeza, chuta y el esférico casi me cae en los pies. Noto como algunos se asombran antes de que yo tire a puerta sin pensármelo mucho, ya

que esta jugada solo es efectiva mientras dura el efecto sorpresa. Levi, como el resto, no me esperaba y, aunque corre hacia donde sospecha que voy a tirar, no llega a tiempo y mi balón perfora la red tras entrar por la escuadra.

Me mira impactado.

Yo lo celebro por todo lo alto y me quito la camiseta. Vale, llevo sujetador, y los tíos piensan en un par de tetas botando y no son capaces de ver nada más que un sujetador deportivo. Lo sé, pero me da igual. Le he metido un gol al portero imbatible.

Trini se me tira encima. También se ha quitado la camiseta, y no porque quiera lucir su cuerpo, sino porque es una celebración como las que hacen los tíos, que enseñan sus chocolatinas y sus dos tetas, también con los pezones. Nosotras, al menos, llevamos sujetador y, por triste que parezca, estará peor vista nuestra celebración. Por eso la hacemos cuando nos da la gana, porque yo decido qué hacer con mi cuerpo. Y cómo celebrar mis pedazos de goles.

El resto de mi equipo me felicita y, para mi sorpresa, no se les van tanto los ojos a mis tetas. Me pongo la camiseta entre risas y me sorprendo cuando alguien me coge por la cintura y me besa en la mejilla.

—Me acabas de joder mi buena temporada —me dice Levi.

—No pareces muy enfadado.

—Ya, porque esto tenía que pasar, y mejor que fuera contigo la primera vez —su forma de decirlo me da un escalofrío, como si no solo estuviera hablando de fútbol.

Me vuelvo y lo veo alejarse para situarse de nuevo en su puesto y acabar el partido.

Yo hago lo mismo y, por culpa de Levi y sus comentarios, que me rayan tal vez sin motivo, Neill termina metiéndome un gol.

Quedamos en empate y lo acepto. Mi gol no me lo quita nadie y por lo menos no hemos perdido.

—Sois muy buenas —nos felicita el entrenador—. Si no viviéramos aún en un siglo con tantos prejuicios, os ficharía para mi equipo.

—Siempre puedes hacer uno de chicas y traernos —le dice Lu—. Me he cansado de mi universidad. En esta hay más tíos buenos.

El entrenador sonrío.

—Lo he pensado, y no te creas que es tan mala idea; me encanta entrenar a jóvenes con talento, y vosotras tenéis mucho.

—Pero de venir sería con bequita y todo, que no somos menos que estos pibones —dice Trini—. Por si te lo piensas, que no nos vendemos así porque

sí.

El entrenador asiente y se aleja.

—No nos van a llamar —dice Lia—. La universidad no nos dará becas, al igual que en las que estamos ahora. Si queremos jugar es pagándonoslo todo.

Es triste, pero es así; ellas tres juegan así en sus universidades.

—¿Os apuntáis a una noche de fiesta? —dice Oziel—. Los de la fraternidad de fútbol os han invitado.

—Qué majos —dice Lu—. Nos apuntamos, rubito. Y espero que no andes muy lejos.

—¿De estas bellezas? Ni de coña, por si os da por quitaros la camiseta y tengo que pegarme con algún payaso que no sepa miraros a la cara.

—Ya, como que tú no me has mirado las tetas... —le digo con una sonrisilla.

—No, pero por respeto a Levi, eres su chica.

—No soy su nada.

—Ya, claro, te acuestas con él desde hace dos meses, pero no eres nada suyo... Lo pillo.

—¿Él qué te ha dicho?

—Que eres su amiga.

—Pues ya está.

—Es que poner nombres a las cosas no cambia lo que son. Pero, vosotros mismos.

Miro a Levi, que va hacia los vestuarios. Oziel no tiene razón y, además, yo puedo hacer lo que quiera con mi vida, como si me quiero liar con alguien... No hemos hablado de exclusividad. Ni nada de eso. Solo somos amigos, y quien no lo entienda tiene un problema.

Tal vez por eso llamo a Andrew y quedo con él para ir a la fiesta, porque no quiero que nadie piense que soy la chica de Levi. Y menos él.

CAPÍTULO 14



LEVI

Oziel, desde ahora el Bocazas, la ha cagado.

Tal vez por eso no me sorprendo cuando veo aparecer en la fiesta a una preciosa Olimpia con Andrew. Me jode, mucho, pero sé que lo hace en parte para que Oziel y yo veamos que no somos nada, solo amigos. Es cierto que cada vez se me hace más insoportable esto. No sé cómo lidiar con mis ganas de decirle lo que siento o mi deseo por hacer más cosas con ella fuera de la cama. Ahora solo nos vemos para tener sexo y hablamos por el móvil a todas horas. Ni hablar de citas ni nada por el estilo, porque ella saldría corriendo. Y me molesta, quiero más de ella. El sexo es muy bueno, sí, pero lo quiero todo de Olimpia.

Y no tengo ni idea de cómo conseguirlo.

La saludo desde la distancia; no hace amago de acercarse y yo, aunque me cueste, me quedo en mi sitio. Me obligo a hablar con chicas que se me acercan y a sonreírles como si quisiera algo. Lo hago porque Olimpia, mientras baila con sus amigas y con Andrew, no para de mirarme de reajo, seguramente esperando una reacción o para tranquilizarse al ver que no tenemos una relación, tal y como le ha dicho el bocazas de Oziel.

La noche se me hace interminable; esto de fingir que todo va genial cuando no soporto ver a Andrew tan cerca de Olimpia bailando y hablando no es fácil.

Nunca me he considerado celoso y no entendía los celos; ahora ya no estoy tan seguro de no serlo. En realidad sé que ella puede hacer lo que quiera, lo que me invade es el miedo de verla liándose con otro delante de mí. No lo soportaría.

Me ha mirado de nuevo de reajo, y veo cómo disfruta con Andrew y sus amigas.

Que no haga amago de acercarse en toda la noche me molesta. Y tal vez debido a eso y a mi deseo de que no se agobie y perderla, cuando la rubia con la que he estado hablando tira de mí hacia el piso de las habitaciones, no me niego.

No voy a hacer nada, pero sí quiero que Olimpia lo vea y se tranquilice... O que me busque, cosa que sé que no hará.

Nunca pensé que estar enamorado fuera tan complicado. Siempre creí que cuando ocurriera podría decir lo que siento sin medir tanto mis pasos.

Entramos en uno de los cuartos al azar. La chica alza sus manos en busca de mi cuello. Me aparto y cojo sus manos para darle un tierno beso.

—Eres preciosa, pero solo quería alejarme contigo para darle celos a alguien. Lo siento.

—No te preocupes. ¿Qué quieres que hagamos? —Se sienta sobre la mesa de escritorio que hay en la habitación—. ¿Fingimos que nos acostamos por si te ha seguido?

—No lo ha hecho. Solo quería que viera que hago mi vida porque ella no me importa.

—Pues vaya cosa más rara.

—La verdad es que sí.

Por hacer tiempo hablamos de nuestras clases. La chica me cae realmente bien, es mucho más que una cara preciosa. Y seguramente, de no estar enamorado de Olimpia, nos hubiéramos acostado y no hubiera sabido que su risa es muy graciosa y que alarga las eses cuando habla. Le hubiera entregado una parte de mí, pero todo lo importante hubiera quedado oculto a los ojos.

Es curioso pensar así, cuando seguramente me habría visto desnudo.

Cuando pasa un tiempo prudencial la chica sale. No tardo en seguirla.

—Levi —me dice Olimpia con apenas un hilo de voz.

Me vuelvo. Está temblando y tiene los ojos llenos de lágrimas.

Me quedo paralizado por la imagen que tengo ante mí; nunca la había visto tan vulnerable.

Se acerca y me abraza con fuerza.

—No debería molestarme, lo sé. Yo quería..., esto..., yo creía... No quiero que estés con otra mientras dure lo que sea que hay entre los dos —me pide, y me deja descolocado, porque no creía que dijera algo así. Tal vez esto sea la señal que busco para saber que voy por el buen camino.

—No ha pasado nada con esa chica. No podría hacer nada con otra pensando en ti. —Se separa para leer la verdad en mis ojos. Acaricio su

mejilla—. Hice lo que esperabas porque no estoy preparado para decirte adiós aún y, tras lo que te dijo Oziel y verte con Andrew, entendí que lo que querías era saber que somos libres.

—Me ha costado darme cuenta de que no quiero esa libertad por ahora, pero eso no significa que yo esté...

—Lo sé —la corto, porque no estoy preparado para que me diga ahora mismo que no siente lo mismo que yo.

Tiro de ella hacia el cuarto que antes ocupé con la otra chica y cierro la puerta con pestillo.

Nos quitamos la ropa sin prisas. Creo que es la primera vez que lo hacemos tan despacio.

La deseo como nunca, pero no quiero que sea rápido esta vez.

La dejo desnuda sobre la cama y acaricio con mi mirada cada parte de su cuerpo, para luego tocarla con mis ansiosos dedos.

Me encanta como su piel se eriza con cada roce y como sus pechos se llenan y se endurecen, mostrándome claro su deseo.

Llevo mi mano hacia la suya y la pongo sobre uno de sus senos.

—Tócate —le pido.

Duda, pero al final asiente y se acaricia. Se me seca la boca de verla tan entregada mientras no dejo de mirarla. Se los pellizca de una forma juguetona que me encanta. Su piel se perla de sudor por el placer.

Cojo su otra mano y la llevo a la unión de sus piernas.

Una vez más duda un segundo antes de introducir los dedos en su sexo y acariciarse. Está húmeda, lista para que entre en ella, para que nos unamos, lo puedo ver; aun así me torturo más, viendo como sus dedos acarician su clítoris antes de adentrar un par de ellos en su interior.

Joder, esta es, sin duda, la imagen más erótica de mi vida.

No puedo más.

Busco a tientas mi cartera y saco un preservativo que me pongo con prisas antes de tirar de sus dedos y llenarla con mi endurecido miembro, que estaba ansioso por verse rodeado por ella.

Me quedo un segundo quieto, disfrutando de esta presión antes de moverme.

Entro y salgo de ella.

La beso con urgencia.

Estoy muy cerca y ella también, puedo notarlo.

Cuando noto los primeros coletazos de su orgasmo me dejo ir y, aunque siempre digo lo mismo, este me parece incluso mejor que los anteriores. Es como si cada vez que estoy con ella íntimamente nos superáramos.

Tal vez porque nos conocemos más y eso hace que sepamos qué teclas tocar para provocar en el otro algo que nunca conseguiría en un encuentro casual.

Ni tampoco con una mujer por la que no sintiera nada.

La abrazo y me cuesta un mundo callarme que la quiero, que aunque no era lo que quería, me he visto enamorado de ella sin remedio y que lo peor es que no sé cómo podré ser solo su amigo cuando esto termine.

Creía tener controlada la situación hasta que esta me controló a mí.

CAPÍTULO 15



OLIMPIA

Salgo de clase sin poder creermelo lo que acabo de escuchar. Tal vez por eso ni me fijo en que Levi está cerca ni que casi me choco con Andrew, hasta que este último me detiene y Levi dice que me estaba llamando.

—Yo... Tengo que irme —les digo a los dos sin ser muy simpática.

Necesito irme lejos. Pero no voy a tener esa suerte, pienso, cuando Levi me coge del brazo.

—¿Puedo saber qué te pasa? —me pide y noto en sus ojos verdes el deseo de que no le deje lejos de lo que sea que me está sucediendo.

—No, no puedes. Lo siento.

Estoy siendo borde, lo sé, pero quiero irme fuera de aquí, necesito alejarme de todo. Y por eso lo empujo, para que no me siga. Me odio por hacer eso y mi única excusa es solo que me falta el aire por lo que acabo de escuchar.

* * *

Son cerca de las doce cuando toco a la puerta del piso de Levi. Quien me abre es Oziel, que, sin preguntarme nada, me dice que Levi está en su cuarto.

Toco a la puerta del cuarto de Levi antes de entrar. Lo encuentro tirado sobre la cama, alzándose sobre los codos para ver quién lo molesta a estas horas.

Al verme se sorprende y noto que también se alegra.

Me siento a su lado en la cama. No hace preguntas, solo espera a que hable, si es lo que quiero. Que sepa lo que necesito me asusta tanto como me encanta.

—Mañana va a dar una charla mi arquitecto favorito. Del que era la remodelación de la casa donde me llevaste hace unos meses.

—Pero eso es genial, ¿no? —duda, no comprendiendo por qué entonces me puse así.

—Es curioso como a veces el destino se ríe de nosotros. Yo siempre he tenido claro qué quería ser de mayor; eso me llevó desde una edad temprana a buscar referentes en internet. Entonces di con él. Y me apasionó toda su obra. A mis madres les molestaba un poco que lo siguiera, pero yo, cuanto más descubría de su persona, más quería saber. Hasta que un día, con quince años, les pregunté a mis madres quién era mi padre. Quería saberlo tras una ruptura con Aarón, era como si quisiera martirizarme más. Hasta ese momento me había dado igual. Entonces me lo dijeron. «Es ese a quien tú tanto admiras» — repito las palabras de mi madre Rosi—. No me lo podía creer. Sin yo saberlo admiraba al hombre cuya sangre llevaba. Y fui a verlo... Solo me atreví a decirle hola, porque en ese momento, al mirarlo, me di cuenta de que no sabía nada de él y que yo para él no era nada, solo una persona que llevaba sus genes porque había vendido su esperma para conseguir dinero. Seguí admirando su obra pasado un tiempo, pero solo como artista, como arquitecto. En verdad, por mucho que el ADN diga que es mi padre, la realidad es que nunca he necesitado uno, ni quiero uno; tengo dos madres que me han dado todo el cariño que necesitaba.

Me quedo callada y Levi también.

—¿Y por qué te ha impresionado saber que iría?

—Porque quien lo dijo fue su hermano, que es tu entrenador, el padre de Andrew.

Levi agranda los ojos.

—Eso sí que no me lo esperaba.

—¿Y yo? Te juro que por demostrar que no me importabas tanto como quiero iba a besar a Andrew. ¡Y es mi primo! No quiero un padre... Pero ¿un primo? Tengo más familia... Es todo muy raro. Se me ha juntado todo en la cabeza, no tengo derecho a decirle a Andrew que somos primos. No tengo derecho a nada, pero una parte de mí quiere decir la verdad. No sé qué haré cuando lo tenga delante. Admiro a ese hombre, no como padre, sino como arquitecto. Y no sé si podré no decirle: «¿Qué se siente al saber que donaste tu semen y tienes dos hijos?». Para él no lo somos. Y en parte le doy las gracias. Porque gracias a eso yo he nacido, y también mi hermano; y mis madres han podido ser madres...; es todo muy complicado.

—Te entiendo, pero no tiene por qué serlo. Tu padre decidió hacer eso, es responsable de sus decisiones. Y eres prima de sangre de Andrew, díselo y lo tendrás ahí, seguro. Y, como dices, ese hombre hizo algo que os ha dado la oportunidad de nacer y ser la preciosa familia que sois. Ya solo por eso tal vez se merezca un «hola, soy tu hija».

—Se lo podría decir así, sí. —Me tiro en la cama. Levi se tumba a mi lado—. Haces que todo parezca muy fácil.

—Es que en verdad lo es. Haz lo que sientas y ya está. Y si no sale como esperas, al menos ya sabes qué sucedería.

—También es verdad, pero creo que soy una cobarde.

—Yo no lo creo así —dice acariciando mi mejilla—, solo eres alguien que tiene miedo de salir lastimada y se protege. Solo es eso.

—Ah, bueno, si solo es eso, me quedo más tranquila.

Levi se ríe y se me contagia su risa.

—Quédate a dormir conmigo.

—Eso sí puedo y quiero hacerlo.

Nos metemos en la cama. Levi me abraza y me dejo hacer. Ahora mismo no quisiera estar en otro lugar.

* * *

Me he ido de casa de Levi mucho antes de que se despertara. Ahora estoy en la puerta de mi clase; quiero ver llegar a mi padre. Aún no tengo claro si le diré algo o no. Lo veo llegar junto a su hermano. No se parecen mucho; tal vez por eso no supe ver las semejanzas. Hablan y sonríen. Se nota que se quieren.

Al llegar hasta donde estoy, el entrenador me ve y me saluda con cariño.

Se me hace raro pensar que es mi tío.

—Hola, Olimpia. Te prometo que sigo luchando por ese equipo femenino de fútbol.

—Eso espero, somos muy buenas. —Sonríe.

—Marck, esta es Olimpia, una gran portera.

—Encantado de conocerte, Olimpia. —Mi padre me mira como si tratara de ubicar de qué me conoce—. Perdona, ¿nos hemos visto antes?

—Una vez, hace años, fui a verte a tu empresa..., pero no te dije nada.

Sonrío y me muerdo el labio. Él me sigue mirando extrañado. Por un segundo estoy tentada de decirle: «Igual te suena mi cara porque nos

parecemos. Tengo tus ojos y esas pecas de la nariz». No le digo nada.

Mi profesor sale a su encuentro. Paso tras él y me siento en primera fila, al lado de su hermano, que se queda de oyente a la clase.

—Es muy bueno —me dice tras un rato escuchándolo hablar.

—Es mi arquitecto preferido —le digo sincera.

—Se nota que lo admiras.

Sí, es cierto, admiro a este hombre que viene de una familia humilde y luchó para lograr su sueño sin apenas nada de dinero para pagarse la carrera; tal vez por eso decidió donar su espermatozoos, por tener un poco más de liquidez.

El entrenador es un poco más joven y, por lo que sé, pudo estudiar gracias a su hermano mayor, que le ayudó con su sueldo a costearse los estudios. Es normal que también lo mire con esa admiración en los ojos. Son más que hermanos, son amigos. Hay lazos que la sangre no puede darte. Y son más fuertes que la familia.

La clase termina y muchos de mis compañeros le llevan uno de sus libros para que se lo firme. Yo también tengo uno de ellos en mi mochila. Me quedo la última. Me acerco a su mesa y se lo tiendo.

—Te admiro —le digo sin más.

—Gracias, es un halago —me dice antes de dedicarme el libro. Recuerda mi nombre, por lo que veo—. Sigo pensando que nos conocemos de algo. —Una vez más clava sus ojos en mí, tratando de buscar de qué le suena mi cara, sin saber que se está mirando en un espejo. Mi hermano es aún más parecido a él.

—No nos conocemos de nada. —Y es la verdad—. Gracias por dedicármelo.

Me empiezo a ir, pero no he dado dos pasos cuando me vuelvo para decirle la verdad. Abro la boca para hablar, pero no lo hago. En el fondo tengo miedo de su reacción; yo sé la mía. No me importa que lo hiciera, me alegro, de hecho, de que aquello sucediera.

Pero no estoy preparada para que la imagen que tengo de este hombre al que admiro se vea empañada por su respuesta.

Por eso me marcho como una cobarde, o tal vez como alguien sensato que no tiene derecho a exigir nada, ni tan siquiera unas bellas palabras.

CAPÍTULO 16



LEVI

De verdad pensaba que podría soportar esto. Esperar hasta que no me quedaran fuerzas. Ser paciente, porque la quiero... No puedo. He llegado a un límite, estoy cansado de no decirle la verdad, en parte me siento como si le mintiera, como si esa complicidad y transparencia que hay entre los dos no fuera cierta. Porque yo le hago creer que la quiero como a una amiga y en realidad estoy enamorado de ella.

Desde lo de su padre está distraída y me gustaría hacer más cosas por ella; no las hago porque no quiero agobiarla y es agotador vivir constantemente con miedo a decidir qué hacer o qué decir. A veces no sé si estoy luchando por ella o en verdad solo me he resignado a recibir lo poco que me da.

Tal vez por eso le he preparado esta cita, porque una parte de mí no puede esperar más a decirle lo que siento, a jugárselo todo a una carta.

Le he escrito un mensaje para decirle que había algo especial que quería enseñarle. Ha aceptado venir conmigo sin imaginar, seguro, que esto para mí es una cita.

La espero apoyado en mi coche, bajo la puerta de su casa.

Llega antes de la hora que le dije. Al verme me sonrío y lo hace de una forma que no puedo evitar confundir con amor. Tal vez porque es lo que espero y por eso soy capaz de maquillar sus miradas en mi propio beneficio.

—Estoy deseando saber adónde me vas a llevar —me dice tras darme un pequeño pico en los labios.

—Ya lo verás, solo espero que te guste.

—Seguro que sí.

Entramos en el coche. Conduzco en silencio; ahora mismo mi cabeza es un caos, pensando en cómo iniciar lo que quiero decirle. No sé cómo sacar el tema y temo estar precipitando las cosas.

Llegamos al claro donde he pensado hacer este pícnic. Me gusta porque desde aquí se escucha y se ve el cauce de un pequeño río.

—Qué bonito. Nunca había venido por aquí —me dice ilusionada.

—Lo descubrí no hace mucho en internet y me hacía ilusión traerte.

Lo vi cuando estaba buscando «lugares bonitos para ir con tu pareja» en esta ciudad. Mejor que no sepa qué palabras puse en el buscador.

Abro el maletero y saco una manta para extenderla en el suelo antes de poner un mantel y la cesta que he traído con comida. Es una suerte que Lilit nos enseñara a cocinar; al menos desde entonces no solo comemos platos precocinados. Acabamos sus clases hace tiempo, pero siempre que tenemos dudas con algo le preguntamos.

No sé si considerarla amiga o no; no sé mucho de ella, la verdad.

—Vaya, todo está genial. Tanto que casi parece una cita. Que tontería, ¿verdad? —dice antes de sentarse.

Saco unas velas y las enciendo para cuando el atardecer dé paso a la noche y no veamos nada.

—Tú relájate y disfruta; es lo único que importa.

Asiente, pero está tensa. No era así como esperaba que fuera esto.

Yo estoy nervioso, ella tensa, vamos, una mierda de cita en toda regla.

Saco la cena y le digo si quiere comer algo.

—No tengo hambre.

—Ah, tal vez más tarde.

—Puede ser —dice poniendo la cabeza sobre sus rodillas alzadas.

Guardo la comida porque yo tampoco puedo comer nada.

Se queda callada, observando el río. Yo no sé ni qué mierdas mirar para calmarme. Mi instinto me dice que mienta, que no le diga nada, o que le diga que no siento nada por ella, solo para aliviar la tensión de sus hombros; no lo hago, porque no puedo más.

Y porque siento que hemos llegado a un punto en el que o seguimos como pareja o lo dejamos. Así de sencillo.

—Me gustaría hablar contigo —le digo. Siempre se empiezan así las conversaciones importantes que traen un cambio.

Siento que he usado esa frase hecha porque en realidad no me salen las más propias.

Olimpia espera a que hable sin decir nada.

—No puedo seguir así contigo.

—¿Quieres que lo dejemos? —El miedo que veo en sus ojos ante esa posibilidad me da un poco de esperanza. Se me olvida en este momento recordar que cuando yo hablo de amor ella solo lo hace de sexo.

—No, en realidad me gustaría dar un paso más en nuestra relación. — Olimpia agranda los ojos y, pese a la escasa luz que hay, noto como se va quedando pálida.

—Yo estoy bien así.

—Yo no. Lo siento, pero me he enamorado de ti —le suelto a bocajarro — y no me puedo conformar con lo que tenemos. No lo puedo hacer, porque estoy cansado de medir todo lo que hago por miedo a perderte.

Olimpia me mira triste y noto como cae una lágrima por sus mejillas, que seca con rapidez.

—¿Desde cuándo te sientes así?

—Desde que viniste a casa de mis padres para ayudarme con lo de Am.

—Es mucho tiempo conformándote con las migajas que te he dado...

—No han sido migajas. Yo era feliz...

—¿De verdad lo eras?

—No del todo. Quería siempre más, pero sabía que contigo tenía que tener paciencia. Para demostrarte un día que yo no resto en tu vida, que a mi lado eres tú misma y por eso me gustas.

—¿Y yo no resto en tu vida?

—No, tú siempre sumas. Y quiero más, he llegado a un punto en que no puedo conformarme con menos.

—Que quieres estar a mi lado sin miedo a decir o hacer algo que me haga alejarme. —Asiento—. Estás cansado de conformarte tan solo con una sencilla sonrisa mía que te da fuerzas para pensar que vas por el buen camino y que, aunque quieras más, prefieres quedarte con eso, porque al menos tienes algo —asiento—, o haces de una caricia mía un mundo porque al menos te he dado una muestra de cariño. —Asiento sin saber por dónde va a ir, ya que está llorando—. Así era como me sentía yo con Aarón. Y sin darme cuenta me estaba conformando con lo mínimo mientras me perdía a mí misma.

—Tú no eres como ese capullo —le digo enfadado por que le haya dado así la vuelta a todo—. Estoy enamorado de ti y estaba conquistándote. No somos nada, y no podía tenerlo todo si solo habíamos hablado de tener relaciones sexuales. Si fueras mi novia, todo sería jodidamente diferente...

—Eso no puedes saberlo. Yo podría exigirte esperar, y hacerte daño, porque tú eres muy bueno y no sabrías decirme que no, pues al estar

enamorado la razón está cegada.

—No, y me duele que pienses así, que compares lo nuestro con tu historia y que empañes lo que siento con esa clase de amor tóxico. Hemos actuado como una pareja, te guste o no, y a tu lado no he sido menos yo, ni tú tampoco. Si no quieres verlo, vale, pero no pienses que esto es lo que no es.

—Yo no siento lo mismo que tú, ya te dije que no quería estar enamorada. Noto como sus palabras me perforan, pero aun así mantengo el tipo.

—Yo creo que algo sientes por mí —me la juego—, pero tienes miedo a perderte en vez de aceptar que a mi lado no tienes por qué ser quien no eres, porque yo quiero cada parte de ti.

—Vas a estar mejor sin mí. Un día encontrarás a alguien a quien puedas entregarle todo lo que sientes sin miedo...

—No quiero a otra, te quiero a ti. ¡Joder! Ya basta de darle la vuelta a todo. Yo no he cambiado por ti, he dejado de hacer lo que quería, sí, pero porque yo quise. Me jode que estés empañando lo bonito de nuestra historia con eso.

—Un día seguro que te das cuenta...

—No, tal vez un día tú te darás cuenta de que lo nuestro no era tóxico, de que yo luchaba por ti, porque me encanta cómo somos juntos. Y que no dejé de hacer las cosas solo por miedo, sino porque quería darte tu espacio para que cuando sanaras vieras que yo siempre he estado ahí para ti. Amar sí es luchar, luchar por quien quieres, y debes estar ahí cuando el otro está roto, y hacer sacrificios. No porque te conformes o porque te limites, sino porque conoces a la otra persona y eres paciente, porque sabes que un día todo cambiará y que tal vez llegará un momento en que seas tú el que necesite ese espacio. Yo sé cómo eres, Olimpia, pero al parecer tú no tienes ni idea de lo que teníamos si has dicho eso de nosotros.

—Pues parece ser que no; hemos vivido dos historias diferentes de lo nuestro. Y es mejor que se acabe aquí.

—Como quieras, pero no voy a mirar atrás, voy a mirar hacia delante, aunque eso signifique tratar de olvidarte —le digo para ver si reacciona ante la idea de perderme.

—Es lo que debes hacer.

Me río sin ganas.

—Lo estás haciendo otra vez, estás siendo conformista y tú ni siquiera te das cuenta.

No lo niega, solo se levanta y se va hacia el coche.

Recojo las cosas dolido como nunca y herido porque haya comparado lo nuestro con lo que ella tuvo. Ella no es como Aarón y que le saliera mal no significa que ahora querer a alguien sea tan negativo, por mucho que alguna vez te guardes un beso o un abrazo para el día siguiente.

Yo luchaba por un «sé que lo tendré tarde o temprano»; ella solo se conformaba porque no sabía si un día tendría más. Es muy diferente dar espacio a limitarse con lo que hay.

Llegamos a su casa en un tenso silencio. Y a riesgo de quedar aún más como un idiota enamorado, le digo una vez más lo que pienso.

—Estar a tu lado ha sido lo mejor que me ha pasado; siento que no haya sido así para ti. Te quiero por cómo eres, créeme o no, me da igual, pero no cambiaría nada de ti. En realidad hemos vivido más como una pareja que como un par de amigos, y no he sentido nunca que tú dejaras a un lado cómo eres. Tú cree lo que te dé la gana..., ya no sé qué más decirte.

—Déjalo así, y espero de verdad que seas feliz.

—Te deseo lo mismo, aunque sé que a mi lado podrías serlo... Mira, mejor vete, o seguiré quedando como un idiota.

Se acerca y me da un beso en la mejilla.

—No cambies nunca, Levi, eres el chico más maravilloso que he conocido jamás.

—Y sin embargo me dejas ir... Ah, claro, que no estás enamorada de mí.

—Da igual que lo esté o no, no quiero tener una relación ahora. Elijo perderte, esa es la realidad.

—Como quieras; solo espero que el destino se esté quieto y no te ponga en mi camino de momento. Necesito alejarme de ti.

—Lo entiendo.

Olimpia duda y al final me da un abrazo.

—Siento no haber aceptado todos los abrazos y besos que quisiste darme. Lo siento mucho.

Está temblando tanto como yo; no parece alguien que no sienta nada... Mejor dejo la esperanza a un lado y acepto que estamos rompiendo lo que teníamos.

—Adiós, Levi.

Se aleja sin que pueda decirle adiós, porque una parte de mí aún se niega a aceptar que este es nuestro final.

CAPÍTULO 17



OLIMPIA

Me dejo caer contra la puerta de mi cuarto y lloro como nunca.

Pensaba que cuando llegara este momento lo aceptaría y podría seguir con mi vida como si nada, pero ahora no lo creo así.

Cuando Levi empezó a hablar me paralicé y mi miedo me hizo decir cosas hirientes. Aun así, sí pienso que a mi lado él no ha sido quien es por miedo a que yo huyera. No sé qué siento, no sé si me gusta o me he enamorado, no sé nada, solo que me ha dolido mucho decirle adiós y que únicamente el creer que es lo mejor para él y para mí me mantiene en pie.

Levi se merece a alguien mejor que yo, que, aparte de estar rota por una persona que no la supo querer, he hecho que él, por mi culpa, dejara de ser quien es.

Ahora no dejo de pensar en todos esos besos que no me dio y que eran míos, en los abrazos que se guardó para sí y en cómo disfrazó con la palabra «sexo» lo que él sentía como hacer el amor.

¿De verdad le conozco? No lo creo.

Y tampoco quiero descubrirlo. No estoy preparada para estar con nadie.

Y tampoco para dejarlo marchar.

Ojalá dentro de poco este dolor que me tiene destrozada sea más llevadero.

He hecho lo mejor..., lo que quería, lo que deseaba...

Por eso no entiendo por qué me duele tanto.

No sé si soy una valiente por decir basta o una cobarde por no intentarlo.

CAPÍTULO 18



OLIMPIA

Juro que cada esquina que sobrepaso espero a chocarme con Levi. No lo he visto desde que me dijo que me quería, y me agobié tanto que tal vez vi cosas donde no las había.

Creía que una vez tomada la decisión todo sería más fácil, pero ahora no sé qué pensar. Y no verlo me mata. Es como si el destino se hubiera confabulado para decirme: «Yo te lo puse en tu camino, si lo quieres de vuelta, es hora de que luches tú por él».

Ojalá supiera si eso es lo que quiero.

Salgo de mi última clase y me sorprendo al ver a mi padre ahí. Dudo si decirle hola o no; no lo hago porque me doy cuenta de que no nos conocemos, por mucho que lleve su sangre.

Empiezo a irme.

—Olimpia —me vuelvo sorprendida por que me llame y es entonces cuando me fijo en que parece muy cansado y ojeroso—, ¿podemos hablar en un sitio tranquilo?

—Eh, claro. Hay una cafetería cerca donde estaremos bien. —Asiente.

Camino hacia allí pensando en qué será lo que me quiere decir.

Entramos y nos sentamos al fondo. Estoy nerviosa y expectante.

Nos pedimos unos cafés que no tardan en traernos. No ha dicho nada y yo tampoco.

—No sé cómo empezar esta conversación. Tal vez lo mejor sea comenzar por el principio. —Asiento—. Cuando era joven no tenía dinero para costearme la universidad...; me costaba mucho llegar a todos mis gastos y ahorrar para que mi hermano pequeño no tuviera que padecer todo eso. Aunque solo nos llevamos dos años, siempre me he sentido responsable de él. —Sonríe con cariño al pensar en el entrenador—. Me vi muy agobiado y un

compañero mío me comentó que no muy lejos había una clínica donde te pagaban por..., bueno por...

—Por donar tu esperma —acabo por él al ver que no puede, tal vez porque no sabe si esto me ofenderá.

—Sí, y ahora te preguntarás por qué este pobre hombre te cuenta esto...

—Sé que tú eres mi padre —le digo al verlo tan agobiado—. Lo sé desde los quince años.

—Vaya, no sé qué decir...

—Puedes seguir contando tu historia.

—Sí.... El caso es que solo lo hice una vez, y firmé ese contrato de que no me arrepentiría ni nada... Pero lo hice. Me arrepentí, por eso lo dejé a un lado de mi mente y no quería pensar en ello. No tenía derecho sobre esos futuros niños y tampoco podía llegar a sus vidas y decirles quién era yo. Porque en realidad no era nadie. Para poder seguir adelante con mi decisión tuve que olvidarme del tema. Y lo hice hasta que hace dos años nació mi hija —saber que tiene una hija hace que mi corazón dé un vuelco— y al verla me pregunté si tendría más hijos. Si habrían tenido una buena vida. Si eran felices. Se lo conté a mi mujer y me dijo que por mi bien lo olvidara, que si las cosas no habían salido bien me iba a machacar más mi decisión. A duras penas le hice caso y no fui a preguntar qué había sido de mi donación de..., de eso. —Sonríó por el hecho de que le dé corte decir «esperma» a este hombre que tiene cuarenta y pocos años—. Pero entonces te vi, y tu sonrisa, tu mirada y tu forma de arrugar la nariz me recordaban a alguien. Y, cosas del destino, mi madre, para mi cumpleaños, trajo fotos mías de cuando era un adolescente, y lo vi claro. Tú me recuerdas a mi hija... y a mí. Fui a informarme y me contaron todo, que dos mujeres quisieron tener hijos y que fueran hermanos de sangre. Que me eligieron porque en mi carta de presentación puse que luchaba por mis sueños y por mis seres queridos, y eso las convenció por encima de si era guapo o no. Todo esto lo supe ayer. No he podido retrasar más el buscarte.

—Si te preocupa, sí he tenido una buena vida, te diré que la mejor, y te doy las gracias por hacer en su día esa donación. Gracias a ella yo existo, y mi hermano.

—No lo había visto desde ese punto —me dice más relajado.

—Muchas mujeres no pueden tener hijos de otra forma y esto les da ese regalo. Quise saber de ti por curiosidad, pero no necesito un padre en mi vida. Ya tengo todo lo que necesito —noto pesar en sus ojos—, pero amigos nunca está de más tener.

—No esperaba llegar a tu vida y ser tu padre. Pero ahora que sé de ti tampoco quería estar lejos, ni que tú estuvieras lejos de tu hermana, y de tu familia. Y, bueno, tu hermano también. Sois una parte de mí.

—Si mi hermano quiere conocerte, te sorprenderá ver que es igual que tú.

—¿De verdad? —Saco mi móvil y se lo muestro—. Vaya, es increíble el parecido, y se le ve feliz.

—Lo es, y mucho.

—Me quedo más tranquilo tras hablar contigo. Nunca lo había visto desde tu punto de vista.

—¿Sabes que te empecé a seguir como arquitecto antes de saber que eras mi padre?

—¿De verdad?

—Sí, me entusiasma todo lo que haces.

—Yo estaré encantado de enseñarte todo lo que sé.

—Eso sería fantástico, te admiro mucho como profesional.

Noto como se emociona y cambio de tema. Le cuento cosas de mi vida y él me cuenta de la suya. Me enseña fotos de su hija, a la que quiere que considere una hermana. Yo también le enseño, con un poco de vergüenza por estar con un genio de la arquitectura, fotos de mis proyectos, y noto la admiración en sus ojos.

Se nos hace muy tarde hablando, pero ninguno tiene ganas de poner fin a esta velada y, cuando lo hacemos, es con la promesa de vernos pronto.

Yo en realidad no necesito que sea mi padre. Pero que las cosas hayan salido de esta forma me ha gustado, aunque también lo hubiera aceptado de no ser así.

Porque yo siempre he tenido una familia perfecta.

CAPÍTULO 19



OLIMPIA

—¿Entonces eres mi prima? —Asiento divertida al ver la cara que está poniendo Andrew tras contarle la noticia; le pedí a mi padre que me dejara decírselo a mí—. Pero... ¿eres consciente de que no me hubiera importado liarme contigo?

—Un poco, soy irresistible y tú poco sutil mirando mis labios...

—Bueno..., dejemos ese tema, ahora solo eres mi prima. Y en realidad nunca hubiera hecho nada, por eso no te besé. Porque estaba Levi por medio.

Aparto la mirada. Hemos quedado en el centro de la ciudad. Hay mucho movimiento y es fácil perder la vista en las diferentes personas que nos rodean, todo con tal de dejar de lado ese tema.

—Oli, ¿por qué lo dejaste ir? Te gusta, es más, creo que estás enamorada de él, y si es solo por ese miedo...

—No quiero hablar del tema.

—Bueno, bien, mientras tú no quieres hablar del tema la vida pasa y cada día él está más lejos de ti y más cerca de olvidarte.

—Me da igual.

—No lo creo, pero es más fácil vivir por culpa del miedo una vida cargada de arrepentimientos.

—Tú no lo entiendes...

—Yo solo entiendo que si te arrepientes de algo es por que tal vez no te importaba tanto como crees, porque si algo merece la pena debes luchar por ello. Si no lo haces, no te quejes por no tenerlo.

—Él está mejor sin mí. Yo soy una persona tóxica...

—¿Y esa tontería? —Andrew me mira fijamente—. No lo eres, y que lo creas me preocupa.

—No quiero hablar de esto.

—Vale, lo acepto, pero no puedes escaparte de tener una cena familiar. Me muero por ver las caras que van a poner mis padres al saber la historia.

—No quiero molestar...

—No molestas, eres mi prima —lo dice con una simpleza que me encanta.

Conduce hacia su casa en la moto y al entrar les dice: «Olimpia y yo tenemos una relación». También está su hermana, y la cara de los tres es de risa. Creo que no se esperaban que Andrew les trajera una novia a casa.

—Enhorabuena —dice su madre, una mujer preciosa a la que ya había visto con las animadoras de mi universidad.

—Bueno, y vosotros también. —Lo observan incrédulos—. Lo que tenemos es una relación de sangre.

Los tres lo miran alucinados hasta que se ríe y les cuenta todo. De camino hemos llamado a mi padre y Andrew le ha dicho lo que pensaba hacer; solo ha respondido que le parece bien, pero que le dijera a su padre de su parte que lo llamara.

Este se sorprende con la historia y juro que espero con el corazón en un puño. No tienen por qué aceptarme en su casa ni en su familia. No tengo derecho alguno a llamarles tíos, no debería estar aquí...

—¡Bienvenida a la familia! —me dice el entrenador, Lisandro.

Los tres me acogen como si nada, como si todo fuera así de sencillo, y tal vez lo sea y nosotros somos los encargados de complicarlo todo.

Andrew se ofrece a llevarme de vuelta a mi casa, pero Debbie le dice que lo hará ella, que va al piso de Neill a hablar con él.

—No me olvido de lo del equipo femenino —me dice al despedirnos el entrenador—, solo necesito un patrocinador para poder empezar y pagar algunas becas. Y casi lo tengo.

—Eso sería genial.

—Y tanto que sí —dice su mujer dándome un abrazo—. Espero verte pronto, sobrina.

Asiento y, sí, lo hago feliz.

Entramos en el coche de Debbie. Se me hace raro pensar que es mi prima. Mis madres son hijas únicas y no tengo primos. Tenerlos ahora es raro y agradable.

Aún no he hablado con mi familia de todo esto; voy a ir este fin de semana y se lo contaré. Quiero hacerlo en persona, sobre todo a mi hermano.

—Sé que es meterme donde no me llaman... —dice Debbie al poco de arrancar el coche—, pero ¿de verdad no te gusta Levi? Oziel me dijo que se os veía genial; bueno, en palabras tuyas, «de puta madre».

—Sí, esas palabras son típicas de Oziel. —Debbie sonríe con cariño.

—No me has respondido. Levi es mi amigo y, bueno, cuando estaba contigo era feliz.

—Nunca estuvimos juntos de esa forma...

—Estabais juntos, el nombre es lo de menos.

Asiento por primera vez aceptando que tiene razón. Para mí Levi no era uno más, era especial.

—Lo echo mucho de menos —le reconozco—, pero no estoy preparada para descubrir cómo seríamos juntos. Para saber si yo acabaría siendo otra vez alguien que se conforma con las migajas o lo sería él. O si estar juntos nos haría más mal que bien...

—O si los marcianos llegan al planeta Tierra y os separan, o si...

—Vale, lo he pillado.

—Has basado todas tus dudas en hipótesis, no en realidades, y créeme, te entiendo. Yo casi dejé a Neill porque era capitán del equipo de fútbol...

—¿En serio? Lo tuyo es peor; lo mío es por una relación tormentosa.

—Lo sé, pero sea como sea no puedes culpar a otros de cosas pasadas. El destino no espera a que estés lista para poner ante ti a la persona que encaja contigo. Cuando llega tienes dos opciones: perderlo por tu miedo o aceptar que desde que lo viste no te es indiferente.

—¿Sabes lo que más miedo me da? —le digo sincera, y ella espera a que hable—, que lo que siento por Levi es más fuerte que lo que sentía por Aarón y me da miedo que, por este motivo, al estar a su lado me destruya a mí misma más de lo que lo hice cuando estaba con alguien por quien solo sentía atracción. A Levi lo quiero —admito por primera vez— y estoy aterrada. Lo pasé muy mal cuando lo dejé con mi ex; creía estar curada, pero no lo estoy si he dejado escapar a Levi.

—Levi no espera que lo vuestro sea un camino de rosas, sino que juntos podáis caminar uno al lado del otro y resolver los problemas unidos.

—Le dejé ir..., igual ya está con otra.

—Claro..., ya no te hablo más del tema. Pero de ti depende pasarte toda la vida sabiendo que, si lo dejaste marchar, fue por culpa de tu miedo, porque le diste más importancia a este que a lo que sentías por Levi.

Debbie tiene razón. Ahora me toca a mí decidir si seguir sus consejos o permanecer escondida para no salir dañada de nuevo, sabiendo que hacer eso es de cobardes.

CAPÍTULO 20



OLIMPIA

Llego a mi casa tras un viaje en autobús horrible. Nada más abrir la puerta mi madre Rosi me abraza con cariño, como si llevara años sin verme. Mi madre Lana, que anda cerca, tira de mí y me abraza de igual modo.

No puedo evitarlo; tanto cariño hace que me rompa por primera vez desde que aquella noche me sequé las lágrimas tras dejarlo con Levi y acepté que las cosas eran así porque yo lo había decidido.

El problema es que aquí en casa sigo siendo esa niña asustada que, aunque no lo reconozca, añora estar todo el día abrazada a sus madres.

Nos sentamos a comer y se lo cuento todo antes de que mi hermano regrese de sus clases. Me miran tristes cuando les cuento lo de Levi. No les había dicho nada; una parte de mí sabía que no lo verían bien, o que se darían cuenta de que no he superado lo de Aarón.

Cuando les digo lo de mi padre tengo miedo de que piensen que las quiero suplantar o que yo no quería esta vida, cuando no es así. Tengo suerte de tenerlas a las dos y, para mí, mi familia es perfecta.

—Yo os quiero —les digo.

—Lo sabemos, hija —dice Rosi—, y no te sientas mal si un día llamas a tu padre «papá». Si se lo gana, claro.

—No niego que es mi padre, pero no lo siento como tal.

—Tiempo al tiempo, hija —me dice Lana—, lo que tenga que ser será; en parte me alegro de que todo haya salido así. Esa familia, por lo que cuentas, es muy buena.

—Lo es, os quieren conocer.

—Pues iremos —dice Rosi.

Asiento feliz por que se lo hayan tomado así. Mi hermano llega cuando estamos acabando de comer; su plato está en el microondas.

Al verme tira de mí para darme un abrazo.

—Tienes los ojos de haber llorado, ¿todo bien?

—No estoy con Levi.

—Vaya..., lo siento, se os veía muy bien juntos. A su lado sí que eres tú misma.

Que diga precisamente eso me hace llorar. Mi hermano me abraza como si en vez de ser el pequeño fuera al revés; y sé que no es el mejor momento, pero también le cuento lo de nuestro padre.

—Joder, sí que te pasan cosas en la universidad. Me voy a sentar a comer y a asimilar esto. —Asiento; mi hermano, cuando está saturado, necesita su espacio para analizarlo todo.

Me doy una vuelta por el pueblo y, casualidades de la vida, al doblar una esquina me encuentro cara a cara con Aarón.

Me quedo quieta, paralizada. La última vez que lo vi fue cuando rompimos; parece que ha pasado un mundo de aquello. Una eternidad.

—Hola, Oli, se te ve bien. —Hace amago de darme dos besos, duda y se los doy yo.

No siento nada, nada de nada.

—No puedo decir lo mismo de ti. —Y es cierto. ¿Antes era tan feo?

Tal vez sea porque, ahora que no siento nada por él, no veo toda esa cantidad de cosas que le hacían especial y diferente al resto.

—Me alegra haberte visto. Quería pedirte perdón por lo que pasó. Por cómo acabamos. De verdad que lo siento.

Sonrío y lo miro sin sentirme inferior por el hecho de que me pida perdón ni tampoco culpable por haber pensado mal de él.

—No creo que lo sientas; si de verdad lo sintieras no lo habrías hecho. Y no solo eso. Te perdoné en un sinfín de ocasiones en vez de aceptar que a ti las disculpas te duraban solo lo que tardaban en enfriarse esas palabras en tus labios. Es decir, nada. No es culpa tuya; es mía, por no saber ver que en esta vida conformarse es de cobardes, de personas que piensan que no se merecen nada mejor. Y, sí, me merezco algo mejor que tú y algo mejor que tus migajas. Yo sí lo siento, siento no haberte dicho «hasta aquí» la primera vez. Adiós, Aarón.

Me marchó y siento que por primera vez dejo marchar el pasado, dándome cuenta de que en el fondo siempre supe la verdad de nuestra relación, pero, como le he dicho, creía que no me merecía nada mejor. Que era eso o quedarme sola... Qué tonta, si tengo toda la vida por delante para encontrar a alguien adecuado para mí... O tal vez ya lo he encontrado.

* * *

Estoy haciendo la maleta para volver cuando mi hermano entra en mi cuarto y se sienta en la cama.

—Me gustaría conocerlo también, y a nuestra hermana, pero no porque lo necesite... Es raro, ¿verdad?

—Lo es, pero te entiendo. Tenemos mucha suerte de tenerlos a todos.

—Sí... Espero gustarle y, si no, me da igual. Nunca lo he necesitado.

—Ya, pero ahora que quiere saber de ti, te gustaría que lo nuestro saliera bien. A mí también, y más al saber que nuestras madres lo ven bien y que nada ha cambiado en nuestra relación con ellas. Me mataba el pensar que las haría sufrir.

—Te entiendo. Y ahora, deja todo esto a un lado y, por primera vez en tu vida, lucha por lo que quieres. No aceptar a Levi no es de valientes, es de cobardes. Con Aarón aceptabas lo poco que te daba en vez de decirle lo que deseabas tú; es hora de que hagas lo que dicta tu corazón y, si quieres a Levi, pelea por él.

—Eso haré.

Mi hermano me abraza. Me despido de mi familia y, al llegar a mi ciudad de acogida, voy al lugar que me mostró Andrew y me dirijo hacia la tirolina más alta, la que más miedo me da. La que la otra vez, al entrar, le dije que ni de coña.

Una vez arriba, dudo. Tengo miedo, estoy aterrada y, aun así, salto, y esta vez no grito «te odio, Levi», sino que le grito al viento a y mis miedos lo mucho que lo quiero.

Estoy lista para dar un salto en mi vida y decir qué es lo que yo quiero.

CAPÍTULO 21



LEVI

El partido acaba, hemos ganado, pero me han metido dos goles. Me es indiferente. Ya hace tiempo que dejé de ser el portero imbatible y la gente continúa siguiéndome. Y, si no, me da igual, lucharé por llegar adonde quiero. Al menos en el fútbol puedo pelear por alcanzar mi sueño.

Dejo el tema a un lado. No consigo superar lo de Olimpia. No saber de ella me entristece.

Tal vez un día pueda vivir sin echarla tanto de menos; hoy por hoy, no. Solo les hago creer a todos que estoy bien. Que mi vida sigue y que lo tengo todo casi superado.

Estar enamorado y no ser correspondido ahora puedo decir que es una mierda. Tal vez ahora entiendo más a mi hermana, que incluso queriendo a Riz tuvo que dejarla ir. Am está ya mucho mejor. Lo va superando poco a poco. Al igual que yo, tiene fe en que el futuro será mejor y en que un día estar enamorado quizá no duela tanto.

Me doy una ducha y voy a la charla del entrenador. Neill nos explicó toda la historia porque Debbie se la contó cuando vino tras conocer a Olimpia. Yo ya sabía de quién era hija Olimpia, por ella. Y ese día tuve la tentación de escribirle para decirle que me alegraba de que las cosas con su padre fueran bien.

Cuesta una vez más no hacer lo que deseo, y esta vez no puedo conformarme al menos con tenerla a mi lado.

La charla acaba y salgo de los últimos.

Al salir veo a Oziel de espaldas hablando con alguien. Desde hace unos meses está muy raro. O mucho me equivoco o hace tiempo que no se acuesta con nadie, y eso en él es raro. Mucho.

Oziel se aparta y es entonces cuando la veo. Olimpia.

Me quedo quieto. No puedo moverme.

No me sostienen los pies.

Está preciosa, increíble...

Cómo la he extrañado.

Tanto que la herida que tengo en mi pecho se agranda al saber que, por muy cerca que esté, seguimos muy lejos el uno del otro.

—Os dejo, chicos.

Oziel se va y me quedo a solas con Olimpia.

—Hola —le digo por romper el hielo.

—Hola. No sé por dónde empezar.

—Yo te escucho.

—Me gustaría ir a un sitio contigo. Tienes que conducir tú y eso...

—¿No me lo puedes decir aquí?

—No... O sí, porque igual me mandas a la mierda... —Se revuelve el pelo. Me mira a los ojos y veo que tiene síntomas de haber dormido poco—. Quería ir al lugar donde te perdí.

—¿Para ahondar más en la herida?

—No... ¿Sabes la de veces que he doblado una esquina desde que lo dejamos con la esperanza de encontrarte? —Asiento, porque yo he sentido lo mismo—. Pero me he dado cuenta de que el destino solo nos manda señales, y de nosotros depende lo que hagamos.

—Sí, es cierto.

—Estaba aterrada, Levi, me aterraba que lo nuestro saliera mal. Tenía tanto miedo que preferí dejarte ir en vez de luchar. Tú no dejaste de hacer lo que querías, siempre he sido yo la que no decía lo que le apetecía hacer. Primero por conformismo y luego por miedo. Pero ya no, no quiero agachar la cabeza más. Ahora el único miedo que tengo es que ya no sientas lo mismo, que lo nuestro salga fatal si me aceptas —mi corazón da un vuelco ante esas palabras—; me preocupa todo, pero más aún el hecho de vivir toda una vida sin haberlo intentado y teniendo que aceptar un día que, si no tengo las respuestas de qué habría pasado si te hubiera dicho que sí, es por mi culpa, no por culpa del destino ni de nadie más.

—¿Qué me quieres decir, Olimpia? —le digo solo por tenerlo claro. Porque necesito que sea precisa.

—Que te quiero, y que lo que siento por ti es mucho más intenso de lo que sentí por Aarón, por eso corrí en dirección contraria. Te quiero decir que sí, si no es tarde, a intentar ser algo más. A no callarme las veces que me muero por que me abracés o por darte cientos de besos porque sí. Quiero

decirte lo que quiero cada día y arriesgarme a ver qué nos depara la vida si estamos juntos. Creo que no me dejo nada.

—¿Y qué se supone que tengo que decirte? —No puedo evitar sonreír.

Joder, no me puedo creer que esto esté pasando de verdad. Que ella haya venido a buscarme. Olimpia nota mi cambio de actitud y se me cuelga del cuello. Pongo mis manos en su cintura.

Cómo la he echado de menos.

—Que tampoco puedes vivir sin mí.

—Parece ser que no —digo antes de besarla como me muero por hacer desde que la vi.

Olimpia me abraza con la misma intensidad y noto el regusto de sus lágrimas colarse entre nuestro beso.

Me separo. La miro, solo eso, porque la quiero. Porque a su lado siento que todo suma. Que puede que no nos vaya bien, pero también sé que no habrá día en el que no luche para que lo que sentimos deje de ser un «podría salir bien» y se convierta en un amor de los que duran para siempre.

Si es que, al fin y al cabo, desde que la vi, en su mirada encontré, sin saberlo, lo que me faltaba.

EPÍLOGO



OLIMPIA

Mi primer partido oficial. Estoy nerviosa, aterrada. Y eso que ni siquiera soy titular. Lo es Trini, a la que han traído este curso a mi universidad gracias a una beca.

Sí, al fin hemos conseguido tener un equipo de chicas; y mi padre, que es quien lo patrocina, está moviendo todos sus contactos para que la gente ponga el fútbol femenino en el lugar que le corresponde.

—Vamos, Oli, cualquiera diría que nos jugamos la liga —dice Trini.

—Esto es increíble. Lo que siempre soñé...

—Por eso tenemos que disfrutarlo juntas. Un partido cada una, y no hay más que hablar. —Asiento; con ella no puedo discutir.

Me abraza antes de salir al campo. Miro a las gradas y veo a Levi junto a toda su familia y la mía; y cuando digo la mía también incluyo a mi padre, con su mujer y mi adorable hermana pequeña, a mis primos y a mis tíos. Estos últimos están cerca del campo, ejerciendo sus respectivas profesiones como entrenador del equipo y entrenadora de los animadores.

En estos meses que han pasado hasta el inicio de este nuevo curso nos hemos conocido más. Hace tiempo que llamé a mi padre «papá», se emocionó y yo no sabía dónde meterme. Me salió solo, natural, y era porque lo sentía así, y se notaba que él deseaba que lo llamara de esa forma. Mi hermano no se lo ha dicho, pero le encanta pasar tiempo con él y con nuestra hermana.

Miro a Levi y me sonrío. En este tiempo hemos pasado por mucho: días buenos, días malos y días inmejorables. Al final, aquella noche, tras mi confesión, me llevó adonde yo quería e hicimos el amor en el lugar que nos vio romper, sellando allí este nuevo comienzo.

Estoy feliz de tenerlo, y más aún porque a su lado no siento que me pierda por todo lo que lo quiero. Siento que puedo ser quien yo quiera. Porque

nunca se deja de conocer a una persona, y Levi quiere conocer todas y cada una de mis caras.

Le digo que lo quiero y me siento en el banquillo al lado de Oziel, que no sé qué hace aquí.

—Deberías estar en la grada viendo el partido.

—Debería. Pero me apetece verlo desde aquí.

Lo miro. Está muy raro desde que empezó este curso. Más todavía si cabe, porque antes raro ya era un rato. El partido empieza y no me puedo callar la pregunta que tengo para él.

—¿Qué te pasa?

—¿Quieres saberlo? —Asiento—. Estoy así por una tía... Yo, tocado solamente por una mujer, cuando siempre me ha gustado más de una a la vez... Esto no me hace feliz.

—Ya se nota. ¿Y qué vas a hacer?

—Pues lo normal en estos casos, luchar para que ella también se dé cuenta de que yo soy especial. Pero la cosa está muy jodida.

—¿Por qué?

—Porque he descubierto que quien le jodió la vida era mi mejor amigo de la infancia. Y ella odia todo lo que tenga que ver con él. ¿A que todo es una jodida mierda?

—Sí... ¿Quién es la chica?

—¿No lo has adivinado? —Niego con la cabeza—. Es Kelly, la prima de Trini.

Me quedo impresionada, alucinada; nunca habría imaginado que a Oziel le gustara Kelly. No tengo ni idea de cómo acabará esto, pero no pienso perderme esta historia.

Al fin y al cabo la vida se compone de cientos de historias que hacemos inmortales cuando las contamos, sabiendo que tal vez, cuando nos lleguen, no sean como sucedieron de verdad.

Y es que la mía comenzó cuando me choqué con el que, espero, sea el amor de mi vida.

Me vuelvo y miro a Levi, que, como ya esperaba, sigue observándome.

La vida está llena de encuentros casuales y todo depende siempre de la importancia que tú le quieras dar a cada uno de ellos.

Y yo a nuestra relación se la doy toda cada día.



Moruena estríngana nació el 5 de febrero de 1983. Desde pequeña ha contado con una gran imaginación. Imaginativa y despierta, no tardó mucho en decantarse por el mundo literario, ya que con nueve años empezó a escribir teatro y, con doce, poesías en los cuadernos de clase, que fue cuando comenzó su primera novela.

Pero no fue hasta los dieciocho años cuando escribió su primera novela en serio, lo que supuso el comienzo de su carrera literaria. Desde entonces no ha dejado de escribir y de inventar diversos mundos llenos de magia, fantasía y amor.

Administradora de la web literaria de éxito teregalounlibro.com, que cuenta con un millón y medio de visitas.

Actualmente sigue escribiendo los nuevos libros que pronto verán la luz.

Su lema desde que empezó a luchar por ser escritora:

La única batalla que se pierde es la que se abandona.

Logros

- **Nominada a los premios DAMA'14** a la mejor novela romántica juvenil con *Me enamoré mientras mentías*.

- **Nominada a los premios DAMA'15** a la mejor novela contemporánea con *Por siempre tú*.

- **Ganadora de los premios Avenida'15** a la mejor novela romántica y como mejor autora de romántica'15 con *Por siempre tú*.

- **Numero 1 en ebook en Amazon.es, Amazon.com e iTunes, y play store** con varias de sus novelas publicadas.

REDES SOCIALES

- Facebook: @MoruenaEstringana.Escritora
- Twitter: @MoruenaE
- Instagram: MoruenaE

BIBLIOGRAFÍA

Libros publicados

El círculo perfecto (autoeditado, 2009), *El círculo perfecto* (Editorial Ámbar, 2010), *La maldición del círculo perfecto* (autoeditado, 2012), *Me enamoré mientras dormía* (Editorial Nowevolution, 2014), *Me enamoré mientras mentías* (Editorial Nowevolution, 2014), *Por siempre tú* (Ediciones Kiwi, marzo de 2015), *Viaje hacia tu corazón* (Click Ediciones, Grupo Planeta, septiembre de 2015), *El círculo perfecto* (reedición ampliada, Red Apple Ediciones, enero de 2016), *Mi error fue amar al príncipe* (Click Ediciones, enero de 2016), *Mi error fue buscarte en otros brazos* (Click Ediciones, febrero de 2016), *¿Sabes una cosa? Te quiero* (Nowevolution, febrero de 2016), *Mi error fue confiar en ti* (Click Ediciones, marzo de 2016), *Solo tú* (Ediciones Kiwi, marzo de 2016), *Mi error fue enamorarme del novio de mi hermana* (Click Ediciones, abril de 2016), *Déjame amarte* (Romantic Ediciones, abril de 2016), *Mi error fue amarte* (Click Ediciones, mayo de 2016), *Mi error fue creer en cuentos de hadas* (Click Ediciones, junio-julio de 2016), *Mi error fue no ser yo misma* (Click Ediciones, septiembre de 2016), *Mi error fue tu promesa* (Click Ediciones, octubre de 2016), *Por siempre solo tú* (Ediciones Kiwi, octubre de 2016), *La maldición del círculo perfecto* (Red Apple Ediciones, octubre de 2016), *Mi error fue ser solo tu mejor amiga* (Click Ediciones, noviembre de 2016), *Déjame amarte* (Click Ediciones, noviembre de 2016), *Mi error fue ser solo tu mejor amiga* (Click Ediciones, diciembre de 2016), *¿Te confieso una cosa? Te amo* (Nowevolution, diciembre de 2016) *Eternamente tú* (Ediciones Kiwi, enero de 2017), *El círculo perfecto inmortal* (Red Apple Ediciones, abril de 2017).

Antologías

150 rosas, Editorial Divalentis
Libro de relatos, de VI RA

Venus, de Nowevolution

Relatos en la web NUBICO

Mi chica de los dulces

Tú me enseñaste a amar

El latir de mi corazón

Los besos que me debes

Promesa bajo las estrellas

Tú eres mi deseo

Tan solo un instante

Encontré lo que me faltaba.

Serie Serendipity 2

Moruena Estríngana

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la portada, Goran Bogicevic / Shutterstock

© Moruena Estríngana, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): julio de 2018

ISBN: 978-84-08-19305-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.

CLICK EDICIONES es el sello digital del Grupo Planeta donde se publican obras inéditas exclusivamente en formato digital. Su vocación generalista da voz a todo tipo de autores y temáticas, tanto de ficción como de no ficción, adaptándose a las tendencias y necesidades del lector. Nuestra intención es promover la publicación de autores noveles y dar la oportunidad a los lectores de descubrir nuevos talentos.

<http://www.planetadelibros.com/editorial-click-ediciones-94.html>

Otros títulos de Click Ediciones:

Viaje hacia tu corazón

Moruena Estríngana

Dejame amarte. Los hermanos Montgomery I

Moruena Estríngana

Pedacitos de ti. Los hermanos Montgomery II

Moruena Estríngana

Tú eres lo que deseo

Moruena Estríngana

Mi error fue amar al príncipe. Parte I

Moruena Estríngana

Mi error fue amar al príncipe. Parte II

Moruena Estríngana

Amistad inesperada. Serie Sweet Love - I

Moruena Estríngana

Amor descontrolado. Serie Sweet Love -II

Moruená Estríngana

Puzzle

Moruená Estríngana

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

